

BIOGRAFIA.



Erasmus de Rotterdam.

(CONCLUSION.)



IBERTADA
ya la Ita-
lia de la
barbarie
en la épo-
ca en que

floreció nuestro sábio, des-
preciaba á la Europa occi-
dental y calificaba de igno-
rante todo lo que existia del
otro lado de los Alpes. Los
alemanes, sin embargo, ha-
bian comenzado á apreciar los libros

griegos y latinos; Alemania era ya el
pais de la filosofia ingeniosa y concien-
zada, y faltaba poco para que pudiese presentar á sus
sábios en competencia con los sábios de Italia. El claro
talento de Erasmo comprendió de una ojeada la situacion
filosófica de Europa: de un lado el escolasticismo apo-

derado de la enseñanza sin querer ceder en su sis-
tema; de otro, los sábios, vuelta la vista á lo pasado,
ocupados en la restauracion de las ciencias, pero tra-
bajando sin plan y sin union. Necesario era descubrir
á los ojos de los hombres pensadores la impotencia de
los métodos adoptados; preciso, restituir á la lengua
latina su exactitud y pureza. Erasmo, dotado de vigo-
roso temple de criterio y de génio activo, acometió la
importante tarea de dirigirse por medio de la prensa
al público de toda Europa. La impresion que hizo en
él su violenta entrada en el claústro, sus inclinacio-
nes, su carácter, sus gustos, su importancia lite-
raria y religiosa, todo debia hacerle enemigo declara-
do de la institucion monacal, opuesta á la grandeza
de su alma. Pero cosa estraña, se grangeó todavia
mayor odio por sus profundos trabajos sobre la anti-
güedad profana que por sus constantes y encarnizados
ataques á los monjes. Erasmo escitaba la envidia de
sus contemporáneos, mas que todo por la gloria li-

teraria que adquiría en Europa: tachábase el latín en que escribía de sobradamente estudiado, y se condenaban por todas partes sus producciones que, sin embargo, eran leídas con avidez por las personas instruidas de Europa, y se reproducían en ediciones de 25,000 ejemplares. El mismo Erasmo conocía perfectamente, que del odio que inspiraba á los monjes en el doble concepto de reformador pacífico y de literato rodeado de gloria, el mas encarnizado, el mas profundo se dirigía al escritor, y que si sus enemigos se daban por satisfechos condenando al fuego sus obras de controversia religiosa, de buen grado habrían deseado algo mas para el autor de las literarias. Bello era el papel de Erasmo restaurando las letras antiguas, respetado de todos, escuchado en todas partes, teniendo por patria á la Europa y hablando á una república universal en un idioma general aun en el mundo. Hoy todavía no puede considerarse sin admiración el gran movimiento literario de la época de Erasmo, aquel esfuerzo de los escritores de todos los países encaminado al renacimiento de las letras, á disipar con la luz del saber las tinieblas de la edad media. Apenas la prensa, cuyos beneficios empezaban á espermentarse tan oportunamente, bastaba á este gran impulso á que contribuían todas las inteligencias de aquel tiempo.

Erasmo, el primero de todos estos escritores, el mas fecundo, el mas infatigable, trabajaba sin cansancio dando apenas abasto á los escritos que de todas partes le pedían, á la imprenta que arrebatava sin cesar sus manuscritos, á los paquetes de cartas que diariamente recibía de papas, monarcas, príncipes, prelados, abadesas, de todo género de correspondientes, en fin, que deseosos de poseer una respuesta en que fuesen alabados, la exigían, sin atender á que la salud del sábio se iba concluyendo y á que era materialmente imposible que aquel hombre, aunque incansable en el trabajo, débil por su constitución, diera cumplimiento á los compromisos que se aumentaban de día en día. Enfermo, moribundo, tenía necesidad de no abandonar un instante sus tareas. Dictando cuando se cansaba de escribir, escribiendo cuando el dictar le fatigaba, se veía obligado á consagrar todo el tiempo á los demas, sin dedicar una hora á sí mismo. Mártir á la vez del espíritu de su época, de la libertad de conciencia y de la manía de controversia, de la opinión y de la moda, hallábase también en la incertidumbre de una subsistencia precaria, atendido tan solo á la escasa generosidad de algunos príncipes y al producto casual de sus escritos, mas admirados que pagados. Completaban su triste situación los disgustos que le causaban los enemigos poderosos que contra él agitaban al populacho católico de Flandes y de Alemania, los tumultos de la época, la inseguridad y desasosiego de los puntos en que residía, y mas que todo, la mala salud que tenía y las crisis mortales porque una ó dos veces al año pasaba, sin otra asistencia que la de algun mal facultativo que casualmente quisiera visitarle. Se ha dicho, y no sin razón, que si la gloria se estimara por el trabajo del hombre, no debía haber nombre mas glorioso que el de Erasmo.

Contaba entre sus amigos á Guillermo Budé, crítico de las costumbres de su siglo, restaurador de los estudios antiguos, comentador de las Pandectas, y hom-

bre austero; á Tomás Moro, el censor del casamiento de Enrique VIII con Ana Bolena, y á nuestro famoso compatriota Luis Vives, cuya ayuda solicitó para la importante tarea de dar á luz las obras de los Santos Padres purgadas y limpias del moho no solo de los comentadores sino también de los copiantes. Vives habia empleado gran trabajo en las obras de San Agustín y á él le encomendó Erasmo los comentarios y emiendas que fuesen necesarias en ellas. Otros muchos en fin que seria largo enumerar, tanto dialécticos como teólogos, filósofos, comentadores, filólogos y editores se honraban con su amistad, siendo Erasmo el rey de ellos, pero con un reinado inquieto y agitado que no carecia de enemigos y aduladores, de idólatras y envidiosos.

Llegamos al año de 1519. Erasmo se halla en el apogeo de su gloria. Carlos V, Francisco I, Enrique VIII, Clemente VII, Fernando Rey de Ungría, Sigismundo de Polonia y otros se disputan la preferencia del sábio. Los reinos, las provincias, las ciudades, le brindan cada una por sí á que disfrute en su seno de tranquilidad; las prensas de Alemania, de Inglaterra y de Italia reproducen sus escritos; todo el que lee no lee mas que á Erasmo; todo el que escribe, hasta sus adversarios para atacarle, imitan su estilo; el mundo conmovido en aquella época por los intereses de la civilización universal, guarda un momento silencio para contemplar á Erasmo, que acaba de cumplir 50 años y cuya salud y medios de subsistencia no son por esto mas lisonjeros que al principio de su vida. En esta época en que Erasmo ha llegado al colmo de su celebridad, comienza á llamar la atención otro hombre, que está destinado á oscurecer su brillo y nombradía que ya no puede aumentarse. El nombre de esta nueva celebridad es Martin Lutero.

Por ignorancia ó por malicia se odiaban igualmente en aquella época las letras sagradas y profanas, el renacimiento de la literatura y la tendencia hácia la libertad de exámen. Los ánimos estaban azorados é inquietos en Alemania, y no faltaba quien tildase á Erasmo de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Erasmo y Lutero eran dos nombres que andaban mezclados, significaban la misma cosa en la opinión de los pueblos contemporáneos, y prestaban materia para todos los sermones en los cuales se les llenaba de injurias. Las universidades, en las que se perpetuaba la ignorancia pedantesca é intolerante del escolasticismo, perseguían también estos dos nombres, sobre todo el primero, porque era el de un hombre de talento y erudición. Los monjes y todos los que vivían de abusos se esforzaban en confundirlos. Había no obstante diferencias notabilísimas entre aquellos dos célebres personajes: Erasmo antes que todo era filósofo y por consecuencia reformador templado y pacífico; Lutero por el contrario, quería una reforma violenta y no hacia uso de las letras mas que para atraerlas á su causa: Erasmo se dirigía á las inteligencias; Lutero á las pasiones; Erasmo no era de opinión de que la multitud interviniera en las contiendas religiosas, sino que estas tuvieran lugar solo entre los hombres de talento y en el terreno de la teología. Lutero se dirigía á la multitud, y como todos los hombres de revolución apelaba á las masas para la defensa de sus ideas. Erasmo se inclinó en un principio á favor de los reformadores; pero tan luego como los conoció á

fondo se separó de ellos, mirándolos como una nueva especie de hombres *obstinados, maldicientes, hipócritas, falsos, mentirosos, sediciosos, furiosos, divididos entre ellos é incómodos á los demas*. Véase pues cuan diferentes eran estos dos hombres que se ha pretendido colocar en la misma linea, á pesar de la distancia que hay de uno á otro y hasta de la antipatia que se profesaban. Por desgracia la historia tiene siempre un lugar distinguido para los hombres de passion y de accion, al paso que se detiene poco hablando de los personajes prudentes que prefieren á las reformas prontas, pero violentas, la perfeccion moral de la humanidad. Así se explica que Erasmo goce de menos nombradía que su rival. Antes que Lutero pensase en intentar la reforma, Erasmo habia ya discutido todos los puntos de creencia por los cuales los protestantes debian separarse de la Iglesia romana. Sabidos son los términos en que hablaba de los monjes. Desde principios del siglo XVI habia ya dado la siguiente irónica definicion. «El cláustro no es el ejercicio de la piedad, sino un género de vida útil ó inútil segun el temperamento de cada uno; yo á nadie aconsejo ni le disuado de que entre en él.» Cuando Lutero dió el primer grito de guerra, Erasmo habia ya atraido á la causa de la reforma á todos los hombres de talento.

Difícil, sino imposible, es en nuestra época materialista, positiva y sin entusiasmo, comprender hasta qué punto se hallaban agitados los ánimos en aquellos tiempos, así como la vehemencia en los ataques y la clase de guerra, que los de una opinion hacian contra los de otra. La atencion de la república cristiana estaba naturalmente dividida entre Erasmo y Lutero: los hombres de génio ardiente se precipitaban en pos del segundo; los hombres moderados permanecian alrededor de Erasmo aprobando su sistema de difundir las opiniones suave y pacíficamente. Este pensaba que el dogma protestante nacido recientemente de cabezas acaloradas ó enfermas, fruto de muchas cosas buenas y malas, de verdaderas necesidades y de vulgares ambiciones, de la ciencia y de la ignorancia, de hombres de talento y de masas ciegas, era menos preferible que el dogma católico que se recomendaba por su antigüedad, por la tradicion, por una larga serie de nombres ilustres y hasta por la costumbre, bien que se hallara explotado y convertido en especulacion desde los siglos medios. Conocia que corrían mas peligro las letras con el triunfo de los monjes que con el de Lutero; pero temia tambien que la tirania de entonces fuese reemplazada por otra tirania, y que el desorden de la reforma fuese tan funesto á las letras como la opresion monacal. Los hombres pensadores de todos los partidos deseaban que Erasmo y Lutero se pusieran de acuerdo á fin de adoptar un término medio. Diéronse los primeros pasos para que esto se realizara: Lutero conociendo la superioridad de Erasmo, le escribió una carta en que dejaba sin embargo conocer que no queria verle mas que en pos de sí en la cuestion religiosa. Erasmo contestó con perfecta sinceridad, manifestando á Lutero que sus escritos merecian su aprobacion, pero indicando al mismo tiempo con delicadeza é indirectamente, que no estaba de acuerdo con los reformadores en todos los puntos.

Estas relaciones que mediaron entre ambos, bastaron para que el vulgo identificara mas sus nombres

y para que los amigos de Erasmo le pidieran sin cesar explicaciones.

Para dar una idea de la conducta que observó durante cinco años, de los combates que tuvo que sostener, y los esfuerzos que hizo para conservar su equilibrio en medio de aquella agitacion de opiniones estremas de todos los partidos, era preciso que ensanchando las proporciones de nuestro trabajo y variando completamente de plan, trazáramos la historia del protestantismo. Mas como no es esta la tarea que nos hemos impuesto, y como por otra parte tengamos que reducir nuestra narracion á pequeñas dimensiones, fuerza es que pasando de ligero por las intrigas de la época, caminemos sin detenernos á dar la última mano al retrato de nuestro sábio.

Viendo lo inútil de su oposicion á los medios violentos de que usaba Lutero, ideó una especie de censura. Gozaba de mucho crédito en la imprenta de Froben en la cual salian á luz sus obras. En esta oficina se imprimia tambien toda la polémica religiosa de aquel tiempo. Erasmo amenazó á Froben con hacer imprimir sus escritos en otra parte, si continuaba dando á luz los de Lutero. Es de creer que esta amenaza no era formal, puesto que las obras de Erasmo y las de Lutero continuaron tirándose en las prensas de Froben.

Sin poder resistir, en fin, al deseo de mezclarse en la discusion, se decidió á escribir en el lenguaje de la época, y tal era la fama del nombre de Erasmo que la sola noticia de que iba á tomar la pluma contra Lutero, puso en expectativa á toda Europa. Su nueva obra se titulaba *El libro árbitro*, y no pudo menos de causar profunda sensacion y ser leído con ansiedad; pero al mismo tiempo solo sirvió para hacer á sus enemigos mas implacables y á sus amigos mas exigentes. Lutero por su parte creyó encontrar injurias en el libro de Erasmo, y así se sorprendió cuando solo halló razones y una discusion templada y concienzuda. Lutero rindió homenaje á la moderacion de su rival, pero no tardó en ceder á su espíritu violento, escribiendo un tratado que tituló del *Servo árbitro*, en oposicion al de Erasmo. Este cometió dos errores; el primero pedir justicia de las calumnias que se le dirigian teniendo casi una seguridad de que habia de ser despreciado; el segundo fué imitar saliendo de su costumbre, á su rival, entablando una polémica de injurias que por falta de uso carecian de originalidad y de eficacia. No fué este el último documento de igual género que medió entre aquellos dos hombres célebres; Erasmo sin embargo consecuentemente á su carácter, continuó demostrando sus ideas de paz, de moral cristiana y de reforma pacífica, no incurriendo en contradiccion mas que por el estilo de sus escritos, hasta entonces suave y moderado.

Retirado á Bale, donde encontró la única quietud y soledad posible en aquella época, rodeado de algunos amigos y apoyado en la formidable imprenta de Juan Froben, dominaba todo el movimiento religioso y literario de Alemania y era el representante de la prensa de aquel tiempo, con su gran fecundidad y su vasta influencia. Allí recibia sin cesar cartas de todas partes á que no le era posible dejar de contestar: esclavo de su reputacion, de sus amigos, de sus adversarios, de los curiosos, preferia morir en la empresa antes que dejar de cumplir con todos: verdade-

ro mártir del trabajo, no tenia otros momentos de ociosidad que las horas en que el exceso de sus dolencias le ligaba las manos, la palabra y el pensamiento: su independencia personal hizo que rehusara las repetidas invitaciones que personas de todas clases y categorías, por escrito y de palabra le dirigian sin cesar para que les honrara estableciéndose á su lado. En Bale tuvo el sentimiento de perder á su buen amigo Froben, lo que le causó mayor dolor que el fallecimiento de su hermano anteriormente ocurrido. Un acontecimiento grave vino á turbar en su reposo á Erasmo: la revolucion estalló en Bale; el pueblo cometió grandes excesos, si bien respetó á las personas. Esto no obstante, las frecuentes turbulencias llegaron á intimidar á nuestro sábio que se resolvió partir para Friburgo; allí pasó siete años en medio de sufrimientos continuos y de multitud de trabajos que vinieron á quitarle la tranquilidad en su vejez. Despues de haber padecido durante todo el mes de mayo, le trasladaron sus amigos nuevamente á Bale, accediendo á sus deseos. Muchas veces se hizo circular la voz de que habia fallecido. Por fin la muerte vino realmente á sorprenderle en medio de sus proyectos, pero no conociendo por de pronto el peligro que corria, porque hacia muchos años que todas sus enfermedades se presentaban con sintomas mortales. Continuó escribiendo á pesar de sus padecimientos, y en los cortos instantes en que el mal parecia ceder, hizo un comentario sobre la pureza de la Iglesia. Mas las fuerzas le faltaron al fin; en la tarde del 15 de Julio de 1536, entró en la agonía: durante la lucha terrible entre la vida y la muerte se le oyó pronunciar varias veces en latin y en aleman estas palabras: *Dios mio, salvadme, poned fin á mis males. Dios mio, tened piedad de mí.* Tales fueron sus últimos gemidos, espirando á media noche. Tenia 70 años.

Toda la poblacion, las autoridades y las corporaciones asistieron á sus funerales. Su cuerpo fué conducido por los estudiantes y depositado en la catedral. Los hombres mas sábios de Europa tuvieron á honor componerle epitafios. Así acabó este hombre célebre, digno de honroso recuerdo, como todos los que han contribuido á que el género humano rompiendo poco á poco sus cadenas camine hácia la perfeccion, abrazando la idea de una emancipacion progresiva, fecunda y evangélica. Abreviaremos el resto de este artículo ya sobradamente estenso, diciendo cuatro palabras no mas acerca de las obras de Erasmo.

Para analizarlas debidamente, para comprender lo vasto de su plan y lo sólido de sus doctrinas, no bastan las columnas de un periódico. Casi todos los que se han ocupado de Erasmo, convienen en que fué el talento mas claro y el sábio mas universal de su siglo. A él se deben principalmente el renacimiento del buen gusto literario, las primeras ediciones de los Santos Padres y la sana crítica. Su estilo es correcto y elegante, pero adolece de algunas faltas comunes á todos los escritores de su siglo. Fué uno de los primeros que trataron las materias teológicas sin pedantismo y sin servirse de expresiones bárbaras. Su mérito indisputable, la franqueza con que criticó los vicios de su tiempo, la ignorancia, la supersticion, el desprecio de las letras, la ociosidad de los monjes y el exceso de las riquezas eclesiásticas le granjearon un número infinito de enemigos. Es preciso convenir en

que trataba con demasiada libertad las materias religiosas y que no fué infundada la censura que despues de su muerte mereció al concilio de Trento. Pero debe notarse que dice á menudo en sus libros, que siendo hombre se halla espuesto á errar, y que su voluntad no habia sido nunca difundir errores; lo que atestigua que no estaba animado de orgullo, y demuestra su sana intencion, manifestada tambien en el deseo laudable que tenia de ver unidos á todos los cristianos. Sensible al elogio y á la critica, trataba á sus enemigos con desprecio y con acritud, pero fácilmente se reconciliaba con ellos. Tuvo toda su vida una pasion estremada por el estudio, prefiriendo los libros á las dignidades eclesiásticas y á las riquezas. Era enemigo del lujo, sóbrio, franco y buen amigo. Hizo imprimir las obras de San Gerónimo, de San Hilario, de Plinio, de Séneca y de varios otros; tradujo el Nuevo Testamento del griego al latin y dedicó este trabajo á Leon X. Todas sus obras fueron reunidas en Bale por Froben en nueve volúmenes en folio. Los dos primeros y el cuarto comprenden únicamente obras de gramática, de retórica y de filosofia. Sus *coloquios* y su *Elogio de la locura* son las dos producciones mas conocidas; los primeros no tienen gran mérito, siendo mas apreciados por el lenguaje que por el fondo de las ideas. El *Elogio* es una sátira de todas las clases, desde el lego hasta el soberano Pontífice; abunda en rasgos chistosos, pero tiene otros forzados. Este libro debe leerse con la ilustracion graciosísima que adorna la edicion de Bale, que poseemos, es decir con los dibujos de Holbm mezclados en el testo, los cuales representan las ingeniosas escenas de la locura. El tercer volumen comprende las *epístolas*, de las cuales muchas tienen relacion con los negocios de la Iglesia; el quinto, los *libros de piedad*, escritos con una elegancia extraordinaria; el sexto, *la traduccion anotada del Nuevo Testamento*; el séptimo *los comentarios*; el octavo, *traducciones de varias obras*; el último *las apologias*. Existe tambien otra edicion en once volúmenes en folio. Erasmo con sus escritos satiricos cubrió de ridiculo á los monjes y á todos los ignorantes privilegiados que medraban en las tinieblas de aquella época. Con traducciones de autores griegos y latinos dió á conocer la literatura antigua; con gramáticas y diccionarios, con tratados generales y especiales abrazó á la vez todos los puntos de la enseñanza elemental y superior.

Bale estima la memoria de Erasmo; enséñase todavía la casa en que murió, su anillo, su espada, su puñal, su testamento escrito de su propia mano y en el cual lega sus bienes á los pobres viejos é inutilizados y á las jóvenes casaderas. Este documento le acredita de hombre amante del bien, y sabedor de los medios de hacerle.

Las poblaciones se han disputado el honor del nacimiento de Erasmo á semejanza del de Homero, y ya que las pruebas que presentaba Rotterdam de su derecho al privilegio no admitian réplica, se llegó á presentar como titulo por la ciudad de Tergon el hecho de la concepcion. En 1549, trece años despues de la muerte de Erasmo, se le erigió una estatua de madera que fué sustituida en 1557 por otra de piedra que los españoles arrojaron al canal en 1592. Medio siglo despues se le dedicó otra colosal de bronce de enormes dimensiones que es la que representa nuestro grabado.

Cuando Felipe II hizo su entrada solemne en Rotterdam se colocó delante de la casa en que nació Erasmo una figura que le representaba, y que ofrecia al Príncipe un papel en que se leia en versos latinos:

AL SERMO. PRINCIPE DE LAS ESPAÑAS D. FELIPE DE BORGÑA, DESIDERIO ERASMO DE ROTTERDAM.

Yo, Erasmo de Rotterdam, no faltaré á mi mismo Hasta dar á entender que abandono á mis conciudadanos.

Inspirados por ellos, ilustre príncipe, Ruego á Dios haga que entres sano y salvo en nuestra ciudad.

Y recomiendo este pueblo con toda la eficacia de que soy capaz

A tu alta proteccion, ¡ó hijo del César!

Todos te reconocen por señor; todos celebran á su Príncipe.

Y nada hay en el mundo que les sea mas querido que tú.

Felipe II y Maria, Reina de Ungria, despues de haber leído los versos, entraron en la casa, visitaron la cámara de aquel hombre célebre, é hicieron que les refirieran varias circunstancias de su nacimiento. Hoy la indicada casa está convertida en taberna. ¡Triste prueba que demuestra no es España el único país en que se miran sin el interés debido los recuerdos de los grandes hombres! ¡Impropio destino que forma es-

tupendo contraste con la siguiente inscripcion que se lee sobre la puerta!

Hæ est parva domus, magnus qua natus Erasmus.

La estatua de bronce de que hemos hablado corrió grave riesgo en 1672. El pueblo sublevado y enemigo de todo lo que tuviera conexion con el Papa, al ver el traje eclesiástico de Erasmo quitó la estatua del pedestal y resolvió fundirla, mas no hubo convenio en el precio con el comprador, por lo que pasado algun tiempo y convencida la multitud de que aunque eclesiástico no merecia sus iras, se acordó no vender la estatua y fué nuevamente colocada sobre su pedestal, en medio de la plaza grande, rodeada de honrosas inscripciones en latin y holandés.

Aquí debemos ya terminar el largo artículo que, sin pretensiones de biógrafos, hemos dedicado á pintar los rasgos mas marcados del retrato de un hombre que doscolló en su siglo, siglo verdaderamente de gigantes, en que sin embargo supo grangearse Erasmo mas que ninguno el aprecio de todas las almas elevadas de la época, por lo cual tiene títulos valederos para no ser olvidado por completo en la presente. Los méritos que nuestro sábio, mártir del trabajo y de la ciencia, contrajo para ganar la gratitud del mundo entero, exigen que dediquemos un recuerdo respetuoso y un tributo de admiracion, al nombre ilustre de Erasmo.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

VIAJES.

FLORENCIA.

Tal vez entre cada mil viajeros no se hallen dos que al hablar de sus viajes, no se detengan con mayor complacencia, con mayor afecto al hablar de esta bella capital de la Toscana. Y no hablo aquí de los que hayan hecho larga mansion en *Florenzia*, no; estos la querrán cuando menos á la par de su país; hablo de los viajeros que se estilan hoy, en la época de los caminos de hierro.—De esos viajeros que almuerzan en París, y sino van á cenar á Londres, creen haber hecho una mala jornada. Pues bien; esos mismos *viajeros-Wagones*, que tal nombre podria dárselos, estoy seguro que conservan el recuerdo de su ojeada á *Florenzia*, como uno de esos recuerdos gratos al alma, cuya sola evocacion obra como un blando lenitivo sobre los azares de nuestra afanosa vida, y como que rejuvenecen el corazon. De mí sé decir, que recordando mis solitarios paseos á orillas del *Arno*, en los jardines de *Bóbeli*, *le Cascine*; y por la noche á la luz de la luna, mis meditaciones, sentado en el pedestal del *David* ó del *Perséo*, de la plaza del *Gran Duca*, he olvidado mas de una vez las amarguras de mi vida presente, y he vagado largo tiempo por aquellos afortunados campos de mis años juveniles, cuando el corazon virgen aun de agudas penas y amargos desengaños,

y lleno de fé y entusiasmo, veia el oscuro porvenir cubierto con un manto sonrosado; vestido del mismo modo que los mas cercanos objetos de lo presente. ¡Ilusion óptica del alma, tan hermosa como efímera! Entonces ¡ó *Florenzia*! tu recuerdo ha sido para mí, como el de un antiguo y querido amigo de la infancia perdido despues en el borrascoso piélago de la vida; y una lágrima de afectuosa ternura, ha venido tal vez á humedecer mis párpados que habian por largo tiempo olvidado el dulce llanto de la felicidad y el cariño. Errante peregrino por países y regiones tan diversas, viajero oscuro y aun misántropo, en el breve espacio que permanecí en tu recinto, casi gusté de los gratos afectos de país y familia de que mi agitada y solitaria vida tanto necesitaba; y sin el recuerdo caro y venerando de mis ancianos padres, de los tiernos hermanos, deudos, amigos; sin la memoria siempre al alma preciada del país natal; ese recuerdo del hogar paterno, que dura tanto como la vida, hubiera sido en tu seno ¡ó *Florenzia*! perfectamente feliz.

Florenzia la bella, la ciudad de las flores, que segun la feliz espresion de *Mr. Deléctuze*, parece que reposa sobre cojines de verdura, está situada á corta distancia de los *Apeninos*, en una llanura fértil y risueña

y la rodean bellisimas colinas sombreadas de deliciosas quintas y soberbios palacios de recreo. Dividela en dos partes desiguales el *Arno*, sirviendo de comunicacion entre ellas cuatro puentes, de los cuales son los mas notables el *Ponte-vecchio*, por su antigüedad, y el de la *Trinidad* por la magnificencia de su arquitectura.

La ciudad es de forma casi oval, rodeada de murallas y defendida por un castillo llamado de *S. Juan Bautista*; y en la parte mas elevada de la poblacion, vulgarmente conocida con el nombre de *Belvedere*, hay otro castillo denominado de *S. Jorge*, el cual por

medio de una puerta secreta comunica con el jardin real de *Bóboli*. La mayor parte de las calles son espaciosas y perfectamente enlosadas; los edificios vastos y suntuosos, siendo raro el que no encierra una coleccion mas ó menos rica de pinturas y esculturas. No hay viajero que al entrar en Florencia, no se sienta penetrado de admiracion á la vista de sus antiguos palacios, masas imponentes cuya fuerza, solidez y estraña construccion, son verdaderamente insólitas. *Mr. de Sismondi* la ha caracterizado perfectamente llamandola, *la ciudad de los nobles*, de la fuerza individual; nosotros reasumiéramos estos titulos en el de *ciudad feudal*.



Iglesia de San Miniato en Florencia.

Daremos la descripcion compendiosa de algunos de sus monumentos mas notables, empezando por *Santa Maria del Fiore*, iglesia catedral conocida vulgarmente con el nombre de *il Domo*. La anchura interior del templo es de 67 brazos su longitud de 257; y la altura de la cúpula desde el pavimento hasta la linterna *esclusiva*, de 150. El templete de la linterna tiene de alto 36 brazos, la bola 4 y la cruz ocho. El total del edificio ocupa una estension de 2118 brazas cuadradas. Las paredes están revestidas por la parte exterior de incrustaciones de mármol; pero lo mas admirable es sin duda la cúpula. El mismo *Miguel Angel* se cuenta que sentia tal admiracion por ella, que cuando iba para Roma á hacer la de *S. Pedro*, dijo al despedirse del célebre *Brunellesco* arquitecto de *Santa Maria*: «Adios amigo mio, voy á hacer tu semejante, pero no

tu igual.» Sin embargo de esto, lo superó. Al lado de *Santa Maria del Fiore*, se levanta una soberbia torre cuadrada llamada *il Campanile*, de 258 pies de altura toda incrustada de mármoles de diversos colores, y embellecida con estatuas y bajo-relieves de los mejores artistas del siglo XIV. Fue construida en 1334 por *Taddeo Gaddi*, segun los diseños del célebre *Gioto*, su maestro.

En la misma plaza y á corta distancia del *Campanile*, está el *Baptisterio* ó iglesia de *S. Juan*, edificio octógono de origen antiquísimo, y que segun tradicion fué un templo de *Marte*. Adornan el interior de esta iglesia 16 columnas de granito que sostienen una especie de azotea cuya bóveda y parapetos están cubiertos de mosaicos perfectamente ejecutados. Encierra ademas el magnífico monumento de *Baltasar Coscia*

ó Juan XXIII, soberano Pontífice, quien para restituir la paz á la Iglesia, abdicó la tiara, y murió en *Florenzia*, en donde habia vivido como simple particular. El *Baptisterio*, está adornado con tres puertas de bronce de tan esquisito trabajo, que *Miguel Angel* solia decir, *que eran dignas de cerrar el paraíso*.

La basílica de *S. Lorenzo*, es otro magnífico templo de *Florenzia*, pero no pudiendo detenernos en su descripción mencionaremos solamente la capilla Ducal ó panteón de los Grandes Duques, que es el monumento mas suntuoso en su género que encierra Italia y aun Europa. Este admirable monumento está aun sin concluir.

De la iglesia de *Santa Croce*, que puede ser justamente considerada como el Panteón de *Florenzia*, solo diremos que encierra entre otros infinitos, los grandiosos monumentos de *Dante*, *Galileo*, *Machiavelo*, *Alfieri*, etc. En el de *Dante* se lee el siguiente verso de la *Divina Comedia*: *Onorate l' altissimo poeta!*

Entre las otras muchas iglesias de que se vanagloria *Florenzia*, solo citaremos á la bellísima de *Santa Maria-Novella*, la cual agradaba tanto á *Miguel Angel*, que tenia por costumbre llamarla *Sua sposa*:

El *Palazzo Vecchio*, situado en la plaza del *Gran Duca*, es una especie de fortaleza erigida por la democracia del siglo XIII. Es un inmenso edificio cuadrado, de severa arquitectura, construido de gruesas piedras con las puntas salientes y coronado de almenas. Carece de ornamentos exteriores, y sobre la plataforma que le sirve de techo, se levanta una alta torre llamada *della Vechia* verdadera obra maestra de arquitectura gótica. El *Cortile*, ó gran patio, es notable por el buen gusto de sus pinturas y esculturas. En medio de este patio, hay una bellísima fuente de pórfido, que los viajeros no se cansan de admirar. Unido á este edificio otro llamado *Gli uffizi* en el cual está la célebre galería de *Medicis*, la mas rica sin duda alguna, que hay en Europa, sobre todo en esculturas.

Difícilísimo, por no decir imposible, sería el dar aquí una descripción detallada del célebre museo; pero no podemos pasar en silencio la sala de *Niobe*, el gabinete de bronce antiguos, la sala de los retratos, la cual contiene los de la mayor parte de los pintores célebres, ejecutados por sí mismos; y sobre todo la sala de la *Tribuna*, en la cual está la nunca bien ponderada *Venus de Medicis*, rodeada por todo lo mas admirable que han producido el cincel antiguo y el moderno pincel. Allí se admiran el *Apolino de Medicis*, el *amolador Scita*, el grupo de los *Luchadores*, el *Fauno* tocando el *Scabillum*, etc. etc. Y en pintura basta nombrar á *Rafael*, *Miguel Angel*, *Leonardo de Vinci*, el *Ticiano*, *Correggio*, *Albano*, *Andrea del Sarto*, *Guido* etc.

La plaza del *Gran Duca*, puede decirse que es otro museo. Parece que los Florentinos no teniendo donde encerrar tantos tesoros artísticos, se han visto en la necesidad de esponerlos en la calle. En la plaza está el *David* gigantesco de *Miguel Angel*, el *Hércules*, colosal de *Baccio Bandinelli*.

A la derecha del *Palazzo*, está la *Loggia De Lanzi* (de los *Sacranetes*), también conocida con el nombre de *Orgagna* que es el de su autor que la edificó en 1355. No se compone sino de tres arcadas; pero su lijereza, su altura y su solidez, la hacen considerar, como una obra maestra. Adornan este elegante

pórtico muchas estatuas antiguas y modernas: entre estas deben citarse la *Judith* de *Donatello* el *Perseo* de *Benvenuto Cellini*, y el célebre grupo del rapto de las *Sabinas*, ejecutado por Juan de *Bolonia*. La *Loggia de Lanzi* que en otros tiempos sirvió de tribuna á los ardientes oradores de la república Florentina, está destinada hoy para la extracción de la lotería. A la izquierda del *Palazzo Vecchio*, se vé una fuente con un *Nepthuno* de mármol de forma colosal, representado sobre un carro tirado por cuatro caballos. Esta fuente es obra de *Ammannati*. El tazon está adornado de *Sátiros* y de otras figuras representando deidades marinas, todo de bronce, y trabajado con esquisita perfección; y finalmente, en medio de la plaza se levanta la estatua ecuestre de bronce de *Cosme I*, obra sublime de *Juan* de *Bolonia*.

A la orilla opuesta del *Arno*, está situado el palacio *Pitti*, residencia de los grandes duques de *Toscana* desde *Cosme I*. Al ocuparnos de este edificio no podemos menos de decir algo sobre su fundador. *Lucas Pitti*, era un negociante florentino, rival de los *Medicis*, el cual quiso eclipsar la magnificencia del soberano. Durante los últimos años del gobierno de *Cosme*, se suscitó en el seno de su partido una division cuyo principal motor era *Pitti*. Muy luego este, á quien calificaba *Maquiavelo*, de hombre enérgico y lleno de audacia obtuvo el cargo de *Gonfaloniere di giustizia*, (jefe supremo civil del estado) y fué creado caballero por la república. Los presentes que en esta ocasion le hicieron la ciudad, el señorío y el mismo *Cosme* se calculan en mas de 20,000 ducados de oro. Su influencia se hizo ilimitada entonces, y embriagado con sus triunfos emprendió la construcción de dos residencias verdaderamente reales; la una en *Ruciano*, á una milla de *Florenzia*, y la otra en la ciudad, que es de la que nos ocupamos. Indudablemente le habrían faltado muy al principio los medios de continuar su gigantesca obra, sin los presentes que varios ciudadanos, y las comunidades enteras, le hicieron en dinero y materiales. Todos los ladrones y asesinos encontraron en este edificio un asilo seguro contra la ley, con tal que ayudasen á su construcción; pero lo mas admirable de todo esto, es la ingratitud de *Pitti*, el cual lejos de mostrarse agradecido á la república, hizo grabar con sangrienta ironía un dístico latino en honor de una mula esculpida en mármol negro. Dice así:

Lecticam, lapides et marmora, ligna, columnas, Vexit, conduxit, traxit et ista tulit (1).

Sin embargo, la fortuna no tardó en abandonar á su orgulloso favorito, porque á la muerte de *Cosme*, *Pedro de Medicis* empuñó con mano vigorosa las riendas del estado; y desde entonces *Pitti* vió convertirse en oprobios los honores, y los favores en ultrajes.

El palacio *Pitti* tiene tres pisos, y su fachada, obra de *Brunelleschi*, se desarrolla sobre una línea de 90 toesas; su conjunto es de un estilo severo, lleno de majestuosa sencillez. Encierra la *Galeria Pitti*, rival de la de *Medicis*, por lo selecto y rico de sus colecciones; pero cuya descripción detallada nos detendría demasiado.

Su biblioteca compuesta de cerca de 45,000 volúmenes, está colocada en el último piso. No podemos

(1) Ella trajo, condujo y arrastró, litera, piedras y mármoles, maderas y columnas.

dejar de recomendar al lector que á Florencia fuese, que vea entre los manuscritos de esta biblioteca, un soneto del *Tasso*, lleno de correcciones del grande hombre, varios de *Machiavelo*, y en fin una multitud de cartas autógrafas del desgraciado *Galileo*.

Los jardines *Pitti* ó por mejor decir *Bóboti*, tienen gran semejanza con el parque de *Versalles* al cual sirvieron sin duda alguna de modelo. Las estátuas, fuentes, obeliscos etc. son tan abundantes en *Bóboti* como debe esperarse atendida la extraordinaria riqueza artística de los florentinos. Hay muchos teatros en Florencia; pero el primero de todos es el de la *Pergola*, que recibe su nombre de la calle en que está situado. Está administrado por treinta nobles que son sus propietarios, y que lo sostienen con un censo considerable. Estos administradores invariables, se llaman *immobili*, y el teatro tiene por divisa un molino de viento con este lema: «*Es fijo en su movimiento.*»

Recuerdo haber visto una noche de la temporada de 1845, reunidos en su recinto los siguientes reyes y descendientes de reyes: *Luis Napoleon* ex-rey de Holanda; *Gerónimo Napoleon*, ex-rey de Westfalia; *Enrique V de Francia*; *La Duquesa de Berry*, el Príncipe *Poniatovski* de Polonia, varios principes de la familia *Bonaparte*, y por último *Leopoldo II*, gran Duque actual de Toscana.

Los otros teatros son: el de los *Intrépidos*, *Goldoni*, *Alfieri*, *Cocómero*, *Arrischiati*, *Solleciti*, y el del *Giglio*. Estos tres últimos están destinados para las diversiones del pueblo.

Le Cascine, ó queseras del Gran Duque, son un paseo delicioso del que se vanaglorian los florentinos. Están situados en una isla formada por el *Mugnone* y el *Arno*; y en medio de este vasto terreno sembrado por bellisimos árboles se vé una estensa praderia que sirve de dehesa á un rebaño de vacas. A uno de los lados de esta praderia se levanta *il palazzo delle Cascine*, en el cual descansa S. A. cuando dirige su paseo por aquella parte. Este paseo presenta reunido el lujo de las grandes ciudades á la apacible soledad de los bosques; y todas las tardes acuden allí en tropel los florentinos, para gozar de la amena frescura de sus alamedas y bosquesillos.

Si Roma no tiene rival en el número de hombres grandes que produjo en los antiguos tiempos, Florencia puede jactarse de no tenerlo tampoco en la edad media y principios de la moderna. Además de varios santos, pueden citarse muchos grandes nombres como los de *Dante*, *Petrarca*, *Boccaccio*, *Cosme*, padre de la patria, *Lorenzo*, el magnífico, *Berni*, *Guicciardini*, *Maquiavelo*, *Salviatti Galileo*, *Andrea del Sorto*, *Brunellesco*, *Miguel Angel*, *Cellini* etc. etc. Florencia tiene un comercio bastante considerable en sedas y lanas; y una gran fábrica de porcelana que no cede en nada á las de Francia y Sajonia. El corte de piedras duras, en que son los primeros; el ingenioso trabajo de los mosaicos, y los sombreros de paja conocidos en todo el mundo bajo la denominacion vaga de *paja de Italia*, son otros tantos ramos muy importantes de la industria de los florentinos.

Segun los últimos datos estadísticos, la poblacion total del gran ducado, es de un millon y cerca de trescientas mil almas, de cuyo número tiene Florencia solo 80,000.

Los florentinos son en general humanos, politi-

cos, hospitalarios y dotados por lo comun de una gran viveza de comprension. No era posible que fuese de otro modo, siendo como es la *Toscana*, el pais mas afortunado del universo. El gobierno del Gran Duque absoluto en su esencia es el mas liberal de los gobiernos. Nada escapa á la paternal solicitud del soberano; una sábia administracion, sacando todo el partido posible de la feracidad de aquel dichoso suelo, ha hecho desaparecer absolutamente la mendicidad, y así el viajero puede recorrer de un extremo al otro el pais, sin ver un mendigo. Veinte y cuatro años hace que no se ha impuesto á nadie la pena capital, lo cual prueba con mas elocuencia que cuanto pudiéramos decir la moralidad de aquel pais. El Gran Duque actual, *Leopoldo II*, es tan distinguido como hombre, como magnanimo y generoso príncipe. Un solo rasgo que tenemos de muy buen conducto, bastará para dar una idea de su carácter. En 1850, poco despues de la revolucion de Julio, llamó ei Duque al *Signore Zuccani*, profesor afamado de filosofia y derecho público, y le reconvinó por las ideas demasiado libres que vertia en su cátedra. Quiso el hombre escusarse intentando negar la acusacion; pero cuál fué su asombro, al oír al Duque repetirle trozos enteros de sus discursos! Luego que este se hubo divertido un rato con el terror del maestro le dijo que él habia asistido algunas noches á su curso; que su delito era evidente, y que en consecuencia le iba á imponer el condigno castigo. Preguntándole despues cuanto le producian sus cátedras, y oída su respuesta, le dijo: «*Pues bien, señor Zuccani, desde hoy tiene V. una pension igual asignada sobre mi bolsillo particular, que le pagará mi tesorerero; y si tiene V. gana de trabajar escriba V. y haga ilustre su nombre.*» Nosotros conocemos personalmente al señor *Zuccani*, el cual no hace mucho publicó una historia y geografia de Italia, por la cual ha sido condecorado por el Gran Duque y el Rey de Prusia.

Antes de dejar á Florencia debe el viajero visitar los talleres de los célebres escultores *Bartollini* y *Pampaloni*; y ya que estamos de anécdotas, no puedo resistir al deseo de contar una muy interesante, relativa á este último.

Luigi Pampaloni, al principio de su carrera artística, tenia muy mala estrella. Cansado de su oscuridad, dijo un dia á sus amigos que iba á hacer un niño que rogase á Dios por él. Hizolo en efecto, y tan admirable, que bien puede asegurarse que es una de las mejores producciones del cincel moderno. Por largo tiempo se creyó en Europa que *il fancinllo in preghiera*, tal es el nombre con que se conoce esta admirable produccion, era del célebre *Canova*, pareciendo que la fortuna constante en perseguir á *Pampaloni*, queria arrebatarle hasta su gloria artística. Al fin una dama inglesa que estaba en Florencia en 1826 época de la creacion del artista, tomó á su cargo desengañar á la Europa, y lo consiguió por medio de los periódicos. Desde entonces acá, ha hecho segun me dijo treinta y cuatro copias de su niño. La figura que es de una belleza sin igual, está postrada, con los ojos elevados al cielo y las manos unidas en ademán suplicatorio. Seria menester que el lector oyera de boca del mismo *Pampaloni*, esta anécdota contada con tanta sencillez como sensibilidad, para que pudiera formarse una idea del efecto que en mí produjo.

Me es imposible acabar este artículo, sin consa-

gar un recuerdo de reconocimiento y amistad al ilustre príncipe *Luis Luciano Bonaparte*, sobrino del inmortal *Napoleon*, el cual me dispensó á mi paso por *Florenzia* en 1845, la mas franca y benévola acogida. Este jóven príncipe es uno de los hombres mas aventajados con que se honra hoy la Italia; y á pesar de su

elevada clase, y su considerable fortuna, acoge á todo extranjero medianamente instruido con la mayor llaneza y familiaridad. El príncipe *Luis Luciano Napoleon*, es uno de los primeros químicos de Europa, y como poliglota, tiene pocos rivales en el mundo.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

EL AHORCADO DE PALO.

LEYENDA DE COCINA.

III.

LOS DOS JUANES.

(Conclusion)

Tan resuelto y esperanzado iba Juan el Bueno á hablar al Rey, que ni le vino en mientes siquiera la dificultad de penetrar hasta su régia estancia, dificultad probada ya por él en mas de una ocasion, y por cierto no menor entonces que otras veces, pues el Rey daba mas cada dia en no salir á vista ni aun de sus domésticos servidores, y cada dia se mostraba con cuantos alcanzaban llegar á su presencia mas desabrido y menos comunicable.

Olvidado sin embargo de todo esto el buen Juan, cuidó solo de atravesar con la mayor presteza posible las tortuosas y angostas calles, que desde su humilde morada conducian al régio alcázar de D. Pedro. En breve se encontró ante la alicatada puerta del mismo, por la que intentó penetrar, como si en ello no hubiese de tropezar estorbo alguno; y por donde en efecto penetrara sin mas preámbulos, á no ver de pronto asestadas contra su pecho las relucientes puntas de dos lanzones enristrados por sendos jayanes, que enclavados como estatuas junto á cada uno de los quicios de la puerta, guardaban su entrada, impidiendo el paso á todo el que lo intentase sin previa licencia del Rey.

—Hágase atrás el villano! dijo uno de estos jayanes á Juan en el momento de asestarle el lanzon ¿no vé quien está aqui, ó piensa que puede entrar en la casa de su señor sin mas fueros que su voluntad?

—Como de esos fueros, y no otros, respondió Juan, he tenido mas de una vez para penetrar en las filas de D. Enrique en defensa de mi señor.

—Pues vuélvase á hacer prueba de su esfuerzo, si es tan grande, y cuide para otra vez de no ir adonde le vean con esos arneses, si quiere que le crean sus hazañas.

Diciendo esto el del lanzon, soltó la carcajada, y se dió á mirar la gorra de piel y montaráz apostura del pobre Juan con traza y ademanes tan provocativos, que este tuvo gran pena en reprimir los impetus que le asaltaron de arrojarle sobre el que tan sin ocasion le escarnecía, y hacerlo pedazos entre sus manos crispadas entonces por la rabia. Pero pensando que semejante arrojó le impediría de todo punto conseguir lo que deseaba, procuró tener la rienda á su cólera; y

con voz alterada replicó, poniendo la palma de la mano en el pomo del montante que llevaba ceñido.

—Con estos arneses que veis, con este hierro, que pende de mis hombros, y con esta mano, que ha de comer la tierra, he despenado á mas de un enemigo de mi Rey, y he dado su merecido á mas de un jaqueton que ha osado burlarse como vos de mis arneses. Hacedme, pues, la merced buen soldado, de no tentar á Dios con vuestras rechiflas, y decidme como he de hacer para entrar en el alcázar sin atropellar á las guardias de mi Rey, que en vosotros miro.

—¿Pero en verdad queréis ver á su Alteza?

—Quiero entrar en el alcázar: lo demas no os importa á vos; es cuenta mia, respondió ya muy amostazado Juan el Bueno.

—Para mi santiguada! replicó el otro soldado, que tambien con su lanzon en ristre habia permanecido sin tomar parte en el anterior diálogo.—Segun el empeño, que el villano muestra, y segun las señas que todo su continente dá de su persona, se me antoja que no fuera desacertado retenerlo como á espía de D. Enrique...

No sabemos que mas pensaria en mal hora decir el que así hablaba, porque no bien habia articulado su última frase, cuando sintió en su pecho tan fuerte puñada, que dió con su cuerpo contra el quicio de la puerta, quedando lisiado y tan sin sentido, como si le hubiera caido encima la clava de Alcides. El otro guardia al ver tan mal parado á su compañero, arremetió contra Juan en ánimo de atravesarle los hijeres de una lanzada; pero la singular rapidez con que Juan se volvió á quitarse el golpe, paró el lanzon en mitad del camino. Entonces se travó una lucha entre los dos á brazo partido, envuelta entre una lluvia tal de reciprocos denuestos y desatentadas voces, que puesto repentinamente en alarma todo el palacio, se vieron acudir desde sus patios y corredores en tropel hácia la puerta multitud de hombres de armas, y del servicio del Rey, sin duda recelosos de otro accidente mas grave, segun el estrépito causado por los dos combatientes.

Juan el Bueno entre tanto se hallaba ya tan ciego de coraje y tan cebado en su terrible pugna, que lejos de ver ni oír lo que en torno de él pasaba, se creyó sojuzgado por el imperio de una infernal pesadilla, al

verse sin saber el cómo, desasido de los brazos de su combatiente y rodeado de lanzas, puñales y partesanas, que como una enramada de hierro, miró suspendidas sobre su pecho y cabeza. Mudo y asombrado ante la amenazadora turba, estuvo largo tiempo sin responder á la multitud de preguntas que se le dirigian por los caballeros, escuderos, pajes y hombres de armas, que se habian agrupado alrededor de él, y cuyo círculo se iba cada vez mas aumentando con los que del opuesto lado del alcázar llegaban, avisados por el estrépito y confusion que dejamos referidos.

Tal y tanto creció por fin este estrépito, que llegando á penetrar la apartada estancia donde el Rey consumia en soledad las horas de la noche, ya entonces muy entrada, le hizo salir de su régio apartamiento y preguntar no sin inquietud qué era lo que motivaba tan inesperado alboroto. Indagando así su origen de estancia en estancia, aunque sin recibir de nadie informes exactos, llegó por fin á un corredor, que caía sobre el primer átrio del alcázar (cerca del cual se hallaba ya Juan el Bueno remolcado por la turba que le acosaba) y asomando el airado rostro por el pretil de un arabesco intercolumnio, preguntó con ronco acento y siniestra mirada la causa de aquel rumor, y de aquella aluvion siempre creciente de soldados y caballeros, que al asombrado Juan rodeaban.

Al oír la voz del Rey, alzaron todos la vista al corredor, y ninguno osaba desplegar los lábios para explicar lo que el Rey queria saber, hasta que el propio Juan afrontando con repentino denuedo la mirada que sobre él especialmente habia fijado D. Pedro.

—Señor, le dijo: son unos villanos, que no han querido dejarme pedir licencia para departir con vos algunos momentos; y han además osado denostarme en vuestra propia morada. A vos, D. Pedro el Justiciero, demando justicia, señor.

—Conducidme arriba, dijo el Rey, torciendo la espalda con iracundo ceño, y dirigiéndose nuevamente á la apartada estancia donde habitaba de continuo desde la muerte de la Padilla.

En el breve espacio que Juan el Bueno conducido entre algunos partesoneros tardó en llegar á la presencia del Rey, recobró su ordinaria serenidad; y echando cuentas consigo mismo, se apercibió del mal comienzo, que á su empresa habia dado; y al fin de sus cavilaciones, sacó en limpio lo poco favorable que la ocasion le era para demandar gracia ninguna. Pensó también que segun el inesperado trance, en que su mala estrella le habia puesto, mas bien sospecharian de él cosas malas que buenas, y receló si se negaria fé á la narracion que al Rey hacer pensaba, y seria en consecuencia tenido por un visionario ó un traidor, que intentase mofarse del Rey con patrañas, ó preparar alguna celada á su vida.

No carecian sin duda estas reflexiones de fundamento; ellas empero no habrian impedido á Juan revelar al Rey cuanto la Garrida acababa de contarle, si su recta conciencia no hubiera despertado en su ánimo un súbito recelo, que por otra parte era muy natural. ¿No podia su hermana la Garrida haberse engañado, alucinada por el miedo? ¿No podia suceder que llena de odio hacia su marido, hubiera intentado como remedio para librarse de él, ponerlo en mal lugar, primero con su hermano Juan para entregarlo en seguida por conducto de este á la justicia del Rey? To-

do esto podia ser; y era de todos modos poco noble para un alma tan honrada como la de Juan ir á entregar á su cuñado en manos de la justicia, para que se pensara de él que lo habia hecho movido por la codicia del precio ofrecido en el pregon del Rey.

A este punto de sus interiores reflexiones llegaba Juan el Bueno, cuando se encontró en la puerta de la real estancia y ante la presencia de D. Pedro, que sentado en un sillal de ébano y marfil, le dijo con repesada voz:

—Acércate, villano; y pues justicia me has pedido, cuenta que no has de volverte sin ella. Di en puridad tu demanda, y cuida de no ser prolijo.

—Quisiera, replicó desde la puerta Juan el Bueno, hablar á vuestra celsitud sin testigos.

Sorprendido el Rey por esta demanda, no menos que por el desenfado y altanería mostrados por Juan al hacérsela, imaginóse que la fama de su valor se menoscabaria no accediendo á ella en el instante; y en consecuencia mandó á todos los presentes, lo dejaran solo con aquel hombre; y lo mandó con tales apariencias de no querer ser por nadie replicado, que ninguno osó demorar un solo momento la obediencia, si quiera todos juzgaran obrar el Rey en aquello con ninguna cautela y con poco decoro de su persona.

Luego que esto vió Juan, se entró por medio de la estancia con grave paso y respetuosa catadura, pendiente de su mano izquierda la peluda gorra que al ver al Rey se habia quitado, y ajustándose con la derecha el ceñidor de cuero de su burdo gaban, que por cierto habia salido de la pasada refriega muy mal parado. Entre tanto el Rey habia dejado su sillal y echado la llave por dentro á la puerta de la estancia, diciendo despues de haberlo hecho, con altanera faz y gallarda apostura.

—Pues has querido hablarme sin testigos, yo quiero probarte que tu intento cualquiera que sea, no me pone cuita: y para eso me encierro aquí contigo. En toda la estancia hay mas que esa puerta que ves ya cerrada (y así era la verdad) y la de este corredor, que mira á los jardines, y se eleva mas de cien toesas sobre el suelo. Habla, pues que ya escucho.

—Con razon, señor, os apellida valiente la fama. No imagineis que intento contra vos traicion alguna. Vengo solamente á pedirvos quinientos marcos de plata que sois en deberme...

Al oír el Rey esta concisa é inesperada demanda, tuvo dos tentaciones una en pos de otra; primera la de tomar á risa la locura de aquel villano; y segunda, la de mandarlo apalear por via de enseñanza, para que aprendiese que si algo en efecto se le debia por la casa del Rey, lo pidiese no á él, sino á su mayordomo. Pero es el caso que ni llegó á reirse, ni á decretar el apaleamiento, desde el punto que paró mientes en la suma que Juan le habia demandado.

—Quinientos marcos de plata! dijo revolviendo con inquietud sus relucientes ojos. ¿De cuando te debo yo esos dineros, villano?

—Los habeis prometido, señor, al que os entregue una cabeza, que sin duda deseais enclavar en la punta de una pica: y yo vengo á entregaros esa cabeza.

—Tú!... y donde la tienes guardada que no la veo contigo?

—Como la habeis visto, señor, cubierta con el yelmo, ó con la capucha, ya os habeis olvidado de sus

señas; pero mirad bien á esta que se tiene derecha encima de mis hombros, y acaso la reconozcais, y la tengais por muy buena para valer quinientos marcos de plata.... Miradme bien, señor: yo soy el que buscáis; el que han pregonado vuestros heraldos en las calles de Sevilla: á quien llaman vuestras gentes Juan el Malo.

Los ojos del Rey chispearon como dos centellas: sus choquezuelas crugieron en sus rodillas, como si las hubiese descoyuntado la tortura, y su diestra mano aferró convulsa el gabilan de la espada, mientras en sus ardientes fauces se oyó el hervor de un rugido semejante al de la hiena.

Ante el aspecto aterrador del Rey, vióse Juan atemorizado y tembloroso como nunca lo estuvo luchando brazo á brazo con un javalí ó acogotando á un moro mas fiero que una alimaña. Tales fueron su desconcierto y trasudores, que aun en medio de su rabia los hubo de conocer el Rey, segun se vió por la serenidad que repentinamente empezó á mostrarse en su rostro, y la grave mesura, con que dijo envainando el acero casi desnudo ya en su velluda mano.

—Juan el Malo no temblaria como tú—O eres un insensato que desea perderse en lugar de otro por ganar renombre; ó un miserable que necesita pan para sus hijos. Pudiera ahorcarte, y acaso hiciera bien en ello; pero quiero mas socorrer tu miseria ó perdonarte tu locura en gracia de la osadia. Toma, añadió, alargándole un bolso con algunas medallas: toma, y despeja en el momento, antes que mi saña te dé tu merecido.

—Cuidad, señor, respondió Juan un tanto repuesto ya de su pasado miedo. Cuidad de cubrir esa cicatriz señalada en vuestra muñeca; no sea que abierta la antigua herida, torne á brotar por ella la sangre que manchó mi espada en el torneo de Torrijos.

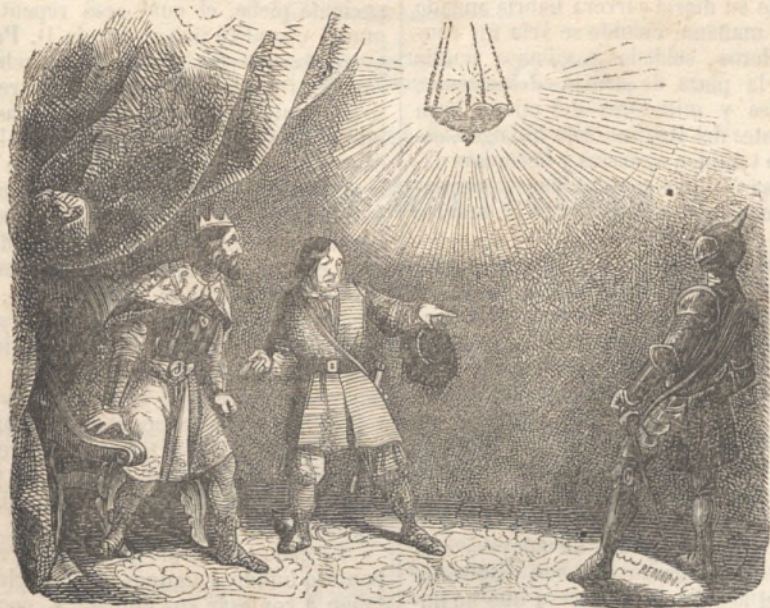
El Rey al oír este recuerdo, clavó la vista en la faz de Juan el Bueno, y se cruzó de brazos para inquirir en ella la verdad de lo que saber queria. Siguiéronse de este modo algunos instantes de pausa, durante los cuales recobrado ya Juan enteramente y resuelto á llevar á cabo su aventura, añadió mirando al Rey con altanería.

—Recordadlo bien, Rey D. Pedro: así como estais ahora yaciais enclavado en la arena de la playa, mirando arder el castillo de Guardamar, y contemplando amedrentado á su alcaide, que volando entre las llamas, se burlaba de vuestra bravura.

Decididamente el Rey iba á acogotar al que así provocaba su cólera, porque le habia aferrado el morcillo de un brazo, mientras buscaba en el cinto el pomo de su daga. Pero hubo de contenerse nuevamente al oír otra vez el acento lúgubre de Juan, que le decia.

—Recordadlo bien, Rey D. Pedro: así como ahora aferrais mi brazo y acariciáis el pomo de esa daga, clavásteis las uñas en mi cuello, y desgarrásteis mis hábitos clericales, cuando os aparecí en Nájara á profetizaros lo que hoy os repito; que os matará vuestro hermano.

Siguióse otra breve pausa á estas palabras, terminada la cual, dijo el Rey agitando sus labios ensangrentados con una infernal sonrisa.



—Esa es, Señor: esa es su voz; esa su insolente apostura.

—Veo que estás resuelto á morir ahorcado: pero yo no quiero que lo seas sin razon bastante; y necesito una prueba de que eres quien pretendes ser. Mués-

trame un relicario, que há tres dias arrancaron de mi seno.

Hélo aquí, replicó Juan sacando el que habia reci-

do de su hermana. Tomadlo, Rey D. Pedro, y con él mi cabeza; pero dadme antes mis quinientos marcos de plata.

Imposible describir lo que en este momento imaginaba y proyectaba el Rey. Viósele solo mirar á Juan de arriba abajo siempre con redoblada curiosidad y como quien niega fe á lo que está oyendo, hasta que dijo.

—Quinientos marcos es poco. Si hubiera quien pujase, haríamos subir la suma hasta setecientos.

—Hasta ochocientos! replicó Juan con alegre rostro.

—Hasta mill!... añadió con sepulcral acento un guerrero armado de punta en blanco, repentinamente aparecido por entre el oscuro lienzo de un muro de la estancia.

Al ver y al oír aquel fantasma abortado por las tinieblas, y enclavado en el muro como un busto de bronce, retrocedieron á un mismo tiempo el Rey y Juan el Bueno, no sin que este encontrase aun aliento en medio de su espanto para gritar desafortadamente.

—Ese es, señor: esa es su voz; esa es su insolente apostura. Hacedlo prender, si Dios lo permite.

Al ruido de estos gritos acudieron las gentes del Rey á la puerta de la estancia, y llevadas por los impulsos de su lealtad, osaron quebrantar las cerraduras, y echar al suelo con estrépito las maderas, penetrando á oleadas en lo interior, y apoderándose de Juan el Bueno, mientras otros obediendo á una muda señal del Rey, apresaron al guerrero de la aparición, sin que este por su parte opusiese resistencia alguna. Oyósele solo al través de la celada que cubría su rostro el murmullo de una risa, que agitando al parecer sus nervudos miembros, hacia retemblar y crugir su armadura con un sonido, como si bajo ella en vez de alentar persona humana, hirviesen sordamente las entrañas de un volcan.

Como un tercio de su diaria carrera habria andado el sol de la siguiente mañana, cuando se veía un confuso tropel de caballeros, soldados y villanos acudir en son de fiesta á la plaza de armas del alcázar, mientras los ajimeces y miradores del mismo eran ocupados por las gentes del Rey, no solo hidalgos, escuderos y pajes, sino tambien apuestas y hermosas damas, ceñidas aun estas últimas con los negros cendales, que por obsequio al Rey vestían desde la muerte de la Padilla.

En el centro del frontispicio y sobre la puerta principal del alcázar veíanse flotar al aire multitud de negras plumas y luctuosos paños prendidos á manera de pabellon en los balaustres de un alto y espacioso mirador arabesco preparado para recibir á la régia comitiva, y desde el cual se dominaba con la vista todo el recinto de la plaza de armas. Alzabase en medio de esta, y frente por frente del enlutado mirador una armazon de dos vigas perpendicularmente enclavadas á la conveniente distancia para sostener en sus respectivos remates superiores los extremos de otra viga horizontal, que servía de punto de apoyo á una escalera de madera, cuyas gradas estaban dispuestas como para facilitar el ascenso á cualquiera que no hubiese de subirlas de grado ni por su pié.

Era la tal armazon ni mas ni menos que una horca preparada con todas las reglas del arte para que diese en ella varias zapatetas al aire algun desalmado que el verdugo esperaba, para ensayar en él su habilidad, enseñándolo á bailar en la cuerda floja, con to-

do el primor posible. Ya se comprenderá que este desalmado no podria ser otro sino el guerrero misterioso y repentinamente aparecido en la estancia de D. Pedro, y aprehendido inmediatamente por los fieles servidores de su Alteza.

El Rey tenia sus razones para castigar al atrevido en la horca, y no de otro modo, visto que ya una vez habia intentado achicharrarlo en un lago de fuego, y no lo habia conseguido. Parecióle el enforcamiento medio mas seguro que la hoguera, porque (pensaba él) si de todos modos el diablo está decidido á libertar al reo de la muerte, mas difícil le será hecerlo al aire libre y en los palos de la horca que al través del humo y de las llamas.

Para mas asegurarse, habia tambien ordenado el Rey rodear el suplicio de numeroso cuento de peones y ginetes, sin olvidarse de hacerlo bendecir por mano de un clérigo que estaba en olor de santidad, á fin de conjurar con tiempo las malas artes que á Lucifer pluguiera ensayar para estorbar el enforcamiento. Con esto y con presenciar el Rey por sí mismo la ejecucion, pensó que por mucho que el diablo hiciese, no habia de ser esta vez mas poderoso que los soldados, la iglesia y su real voluntad.

Conforme, pues, á esta resolucion y al tenor de lo pregonado por los heraldos del Rey desde el alba de aquel día, vióse salir á D. Pedro al mirador para él preparado, segun hemos dicho; y llegado al cual, fué grandemente aplaudido por los vitores del concurso que en la plaza, miradores y ajimeces del alcázar bullia, mientras el estrépito de atabales y clarines en son discordes tañidos aumentaban la algazara y confusion como jamás se habia visto en Sevilla.

Luego que el Rey fué así saludado, se empezó á sentir no mas que un sordo rumor movido por la impaciente plebe, el cual cesó repentinamente de todo punto, cuando á una señal de D. Pedro se vió abrir una de las puertas laterales de la fachada del alcázar, y comenzar á salir por ella una lúgubre y ordenada comitiva de numerosos hombres de armas, seguidos del caballo y clerecía, de multitud de caballeros, comunidades y cofradías, que respectivamente abrian paso entre la multitud, entonaban salves y salmodiaban kiryes, segun la funcion y oficio á que cada uno era allí llamado. Cerraba por fin el cortejo un grupo de partesianeros, en cuyo centro caminaba con grave paso y altanero rostro un jayan barbudo, alto, fornido, de verdinegra tez y ruda apostura, bien que el todo estuviere casi rebocado por la túnica de esparto que lo cubria desde el cuello á la planta, y por un birrete de lo mismo que tapándole casi toda la ceja, dejaba solo ver dos ojos relucientes como carbunclos, una nariz á cada instante dilata, como la de un toro, por los resoplidos á que sus anchas ventanas daban libre paso, y una boca en fin llena de ardiente espuma, y contraída como por la mas fogosa rabia.

Llegado este al pié de la horca, rechazó con un espantoso bufido á algunos piadosos clérigos, que le exortaban á confesar sus culpas; y pocos instantes despues, impenitente y mas que nunca altanero, subia arrastrado por el verdugo las escaleras del suplicio clavando sin cesar sus ojos en el mirador del Rey que se tornaba ya rojo, ya pálido, ya verde, y se agitaba en su sitial, como pudiera una alimaña presa en la trampa por los cazadores.

El verdugo por fin haciendo su oficio, ciñó un cordon de cáñamo al cuello del reo, y dando en seguida vuelta con todo su cuerpo, cayó desplomado sobre el de la victima, que al cabo de pocos momentos quedó inmóvil pendiente del mortífero lazo, y ansiosamente mirado por la multitud.

Largo espacio de sepulcral silencio habia transcurrido desde que no se notaba ya movimiento alguno en el lacio cuerpo y amoratado rostro del reo, cuando el Rey mandó á un venerable y rollizo abad que á su lado tenia, fuese acompañado de su condestable para que ambos examinaran al ahorcado, y diesen fé de su muerte segura y completa. Murmurando maldiciones el condestable, y rezando letanias el abad, llegaron conforme al mandato del Rey á los pies del reo, y habiendo apartado la túnica que los cubria, dijeron al verdugo que los tocase, y viera si en su piel, así como en sus pulsos y pecho, se conocía que era el reo ya difunto. Tocó el verdugo los pies del ahorcado, y sintió al tocarlos un estremecimiento en toda su máquina, como si hubiera puesto la mano sobre un carbon ardiendo; pero receloso de ser tenido por cobarde, continuó palpando los muslos, pecho, cuello y cabeza, adquiriendo cada vez mas la seguridad de que no era cuerpo humano ni vivo ni muerto lo que tocaba, sino un negro y duro bulto de madera con humana forma.

Trasudando de espanto y de sorpresa, púsolo así el verdugo en noticia del abad y condestable, los cuales no menos atemorizados lo pusieron en noticia de los que tenian cerca de sí, y estos despues lo fueron poniendo en noticia de sus allegados, en términos que antes de un minuto estaba ya la ocurrencia en noticia de todos cuantos presentes eran. Pero al llegar á la del Rey, se le vió sacar devotamente de la veste enlutada que

lo cubria un crucifijo de plata, besarlo una y mil veces con tembloroso labio, y decir con entre cortado acento.

—Dios no quiere que se cumpla la justicia del Rey.—
Conjuresse el ahorcado.

Dicho esto, y llegado á oídos de los clérigos, monjes y cabildo, que en la plaza se hallaban, empezaron algunos á cantar el *veni creator* y otros salmos religiosos, mientras otros se dirigian con sendos hisopos en las manos á rociar el cadáver del ahorcado con una verdadera lluvia de agua bendita. Así al cabo de muchos rezos y aspersiones, se vió incendiarse de repente la túnica de esparto y arder despues el cuerpo del reo con una llama entre azul y amarilla, que en breve lo consumió todo entero, dejando pendiente solo de la horca el cordon de cáñamo que lo habia sostenido.

A nadie le quedó duda de que el Rey habia querido ahorcar al diablo: que se habia dejado robar y burlar del diablo, y que aquello era un aviso de Dios, para que no hiciese mas sentimiento por la muerte de la Padilla.

En cuanto á la Garrida nada diremos sino que se fué á un desierto á hacer penitencia, á llorar sus culpas, y á prometer á Dios que si alguna vez se veía tentada á volver á casarse, miraría con mas espacio quien era su novio.

En cuanto á Juan el Bueno, ni los quinientos marcos de plata que el Rey le habia dado al ponerlo en libertad, ni el arrepentimiento de su hermana lo pudieron consolar de la pena que le causaba haber sido tanto tiempo cuñado del diablo.

GAVINO TEJADO.

NOVELAS.

UNA MUGER MISTERIOSA. (1)

CAPITULO I.

LA APUESTA.

Serian las cuatro de la tarde de un bello dia del mes de febrero de 1846: brillaba el sol en el puro y azulado cielo de Madrid, sin que ni la mas leve ráfaga velara su fulgor, y la tibia brisa venia ya perfumada con el primer aroma de las primeras flores que se entreabrian en los jardines.

A aquella hora de aquel dia era numerosa la concurrencia que habia acudido á su paseo favorito de entonces; á las inmediaciones poco poéticas y menos pintorescas del célebre ex-convento de Atocha, que esa

(1) La novela que comenzamos á publicar en este número solo ocupará otros tres, y á pesar de sus pequeñas dimensiones es un precioso cuadro de costumbres, palpitante de interés, y que no dudamos será leído con gusto

deidad tiránica dominadora del mundo, y á la que unos llaman el capricho, y la moda otros, conducia allí, á hacer ostentacion de su fausto, de su hermosura, y de sus vicios. Valiéndonos de una frase sacramental, no menos ridicula que inexacta, diremos que se hallaba á la sazón *todo lo que hay de mas ilustre y elegante* en Madrid, ó por el estrecho y tortuoso camino que guia á aquel templo, ó por las calles inmediatas al jardín botánico.—Tan pronto aparecia y desaparecia ligero como una saeta, un lindo tilburí, conducido por un débil niño, como una aristocrática carretela cargada de blasones, ó una berlina de esas que el Dios Mercurio fabrica y destruye con tan pasmosa rapidez. Cruzábase aquí un saludo; allá una ojeada significa-

tiva; mas lejos una seña imperceptible para otro que el interesado; y los de los coches como los que iban á pié, como los que veian atravesar á todos arrellanados en las cómodas sillas que son honra y prez de la corte de las Españas, entregábanse á sabrosas murmuraciones, tanto mas sabrosas por ser fruto prohibido, como lo prueba el antiguo ejemplo de la madre Eva, y de sus hijas modernamente.

Tres jóvenes, que por su porte y por sus maneras, indicaban pertenecer á la buena sociedad de Madrid, tenian una conversacion alegre y animada, posesionados de otros tantos de los elegantes muebles que mencionamos un poco mas arriba. El primero era un hombre como de treinta años, de rostro melancólico y espresivo, sombreado por negros cabellos y bigotes y patillas de igual color; el segundo representaba á lo sumo cinco lustros, y era el reverso de la medalla del anterior; rubio, blanco, colorado, vivo y locuaz, parecia uno de esos felices mortales condenados á una felicidad eterna; el tercero en fin, gordo, pacífico, flemático, contrastaba tanto con la dulce tristeza del primero, como con la estrepitosa y franca alegría del segundo.

—Mira, mira, Alberto, decia este último riéndose y enseñando una doble hilera de bellisimos dientes; mira á la duquesa como te dirige una de sus ojeadas magnéticas!

—Ricardo! repuso el otro individuo en tono de reconvencion.

—Toma! si todo el mundo sabe que esa muger te persigue de muerte... lo cual no tiene nada de extraño si se atiende á que eres uno de los mejores mozos de Madrid... sin contar tu ilustre titulo y tu fortuna.

Una sonrisa casi imperceptible de satisfaccion apareció en los labios de Alberto.

—Conde de Santa Fé! prosiguió Ricardo con énfasis. Qué vale junto á él mi pobre baronia de Monte Florido?...

—Loco! Loco! dijo el conde, notando que algunos de sus vecinos volvia la cabeza al escuchar las palabras de Ricardo, con evidente curiosidad.

—Ah! A propósito, exclamó el baron sin atender á las quejas de su amigo; hé alli á la graciosa Elisa tan alegre y tan contenta despues del escándalo de anoche. Nos saluda... saludala, saludala... añadió viendo que Alberto continuaba inmóvil.

Sacó entonces el conde como cuatro dedos el sombrero de su cabeza, inclinó esta un poco, y se volvió á encasquetar aquel.

—Hé ahí, prosiguió el baron, otra muger que tambien está enamorada de tí; y á la que tú has despreciado como á tantas mas!

—Es preciso confesar, saltó el tercer personaje, quien hasta entonces habia guardado silencio, que el tal Alberto es hombre de veras afortunado.

Inmediato al grupo de los tres jóvenes, se hallaban sentadas otras tres personas, que habian vuelto la vista al oír la referida plática; una jóven muy linda; una vieja muy fea, y un señor ya machucho, pero lleno todavia de pretensiones, que no era padre de la una ni marido de la otra.

La niña miró con atencion al conde, y se sonrió, diciendo para sí:

—No debe ser muy difícil enamorarse de un hombre semejante!

La vieja consideró fijamente á su vecino, hizo despues un ademan de satisfaccion, y dijo en voz baja á su *ad-latere*:

—Es un arrogante mozo!

Y el rancio elegante contestó con una fatuidad deliciosa:

—Lo mismo era yo á su edad, Eloisa!

Parecerá imposible; pero por las señas aquella muger se llamaba Eloisa.

Mientras, los jóvenes proseguian en su conversacion, del modo siguiente:

—Es acaso extraño, exclamaba el baron, que Alberto tenga partido? Lo extraño seria que lo tuvieses tú.

Y hablando así, soltó una ruidosa carcajada.

Esta insolencia de Ricardo, tenia de agravante la circunstancia de ser la purisima verdad; porque no podia darse cara mas vulgar, facha mas estafalaria, ni inteligencia mas obtusa que la del tal gordo, quien tenia por nombre el de Homobono Redondo; lo cual era otra ridiculez, de la que él estaba inocente sin embargo.

Amoscóse nuestro hombre, levantó su redonda cabeza con altiva dignidad, y repuso echando fuego por sus ojos, que eran redondos tambien como los de un carnero, para que todo lo fuese en él:

—Que no tengo partido?

Y despues de una pausa, añadió con solemne desprecio:

—Lo que tú no tienes es memoria.

—Ah! Es verdad!... contestó el baron lanzando una nueva risotada. Y buen dinero que te cuesta!

Porque habiamos olvidado decir que la única cualidad relevante de aquel individuo, y la que le hacia ser admitido en la buena sociedad con distincion, era una fortuna colosal, una fortuna *insolente*, segun la llamaba Ricardo, y que Redondo no era capaz de haber adquirido, aunque si lo era de disiparla despues de haberla heredado de su padre.

Iba á amostazarse otra vez D. Homobono, á pesar de su pasta que justificaba su nombre, cuando llamó la atencion general, y atrajo las miradas de los tres amigos, una soberbia carretela abierta, que se adelantaba majestuosamente tirada por cuatro caballos negros. Solo la ocupaba una muger, pero tan hermosa, tan elegante, tan distinguida en sus modales, que en un momento eclipsó á las otras damas que ocupaban los demas coches. Todo era admirable en ella; su fisonomia noble, espresiva y apasionada; el color de sus cabellos y el de sus ojos; la blancura y la transparencia de su cutis, y la flexibilidad y gracia de sus movimientos. Iba negligentemente sentada en los almohadones; en una mano llevaba una sombrilla bordada de realce, y con la otra acariciaba á un lindo perro de casta americana, pero tan pequeño, tan blanco, y tan fino, que hubiera parecido una madeja de seda, á no ser por la vivacidad con que movia el cuello, ricamente ceñido por un collar de brillantes. El resto del tren de la desconocida correspondia perfectamente á este lujo: los cuatro animales que arrastraban el coche eran de lo mas bello que puede imaginarse, y estaban adornados cada uno con dos camelias blancas, y magníficos arreos de plata; la librea de los lacayos eran sin asimismo vistosisimas, y en fin, la carretela, aunque sin armas, de una forma elegante y nueva.

Escusado es decir el efecto que produciria semejante

muger entre una sociedad tan novelera y tan impresionable como la nuestra. Las señoras se levantaban para verla pasar, y decian á los que las acompañaban con una sonrisa burlona:

—No es fea!

Lo cual queria decir que la juzgaban hermosisima, y sobre todo si añadian:

—Será una intrigante!



Esto significaba ademas que temian verse abandonadas por ella.

Los que iban caballeros, detenian sus corceles para contemplar mejor á la encantadora beldad, exclamando:

—Es un ángel!

Y en fin los que estaban sentados, corrian hácia el paseo de los coches con el fin tambien de admirar aquella aparicion inesperada.

Entre tanto se oia un sordo murmullo de todos, que se preguntaban unos á otros:

—Quién es?

—Quién es?

—Quién es?

A lo que todos respondian:

—No se sabe!

—No se sabe!

—No se sabe!

Otra circunstancia que contribuia á aumentar el efecto producido por la desconocida, era la manera de que recibia tales homenajes. No parecia ni lisonjeada por ellos, ni ofendida de la curiosidad que ocasionaba. Sonreíase, pero con modestia y sin descaro, sin que nadie pudiese decir que fuese de sus admiradores, ó del perrito con el cual jugueteaba, y que se divertia en hacer jirones el riquísimo pañuelo bordado que su señora llevaba en la mano. Solo una vez dirigió sus ojos á otra parte, y fué al pasar por delante de nuestros

tres amigos, que la contemplaban ávidamente. Entonces se volvió hácia ellos, los miró con atencion sonriendo siempre, y cuando se hubo alejado el carruaje, aun volvió su hermosa cabeza para considerarlos.

—Me ha mirado y se ha sonreido! exclamó el baron.

—Nó, ha sido á mí!... repuso el conde, aunque no fuese presuntuoso.

—Nó, ha sido á mí! repitió D. Homobono, estirándose con una mano el chaleco, y retorciéndose con la otra su escaso bigote.

—Ha sido entonces á los tres! dijo Alberto con su sensatez ordinaria.

—Cuidado si eres ambicioso! replicó Ricardo de mal humor.

—Crée que todas se han de enamorar por fuerza de él! añadió el gordo acariciándose la barba.

En aquel instante tuvo el conde un movimiento de verdadero orgullo, pero de ese orgullo natural y legítimo, como el del leon y el del hombre de talento. Sintió por primera vez, modesto cual era, la inmensa altura á que estaba de sus dos contrincantes, y les dijo en un tono supremo de superioridad y de ironía:

—Si quereis, hagamos una apuesta.

—Hagámosla! respondió el baron con su vehemencia de costumbre.

—Hagámosla! repitió D. Homobono con su flemma habitual.

—Cincuenta onzas de oro, exclamó el conde, pagadas por mitad entre los otros dos, al que logre mejor acogida de esa muger.

—Aceptado!

—Aceptado! dijeron Ricardo y D. Homobono.

En aquel punto volvió á distinguirse la carretela de la desconocida, que daba la vuelta, en medio de las mismas ó mayores demostraciones de aplauso y admiracion, y los tres jóvenes se dispusieron á seguirla.—El conde subió como un rayo á su ligero tilburi, que le

aguardaba á corta distancia; el baron montó en su yegua inglesa; y Redondo jadeando y trasudado entró triunfalmente en su elegante berlina. Entonces, tilburi, yegua y berlina, partieron á escape á alcanzar el carruaje consabido, seguido ya de otros coches, y de otros y no pocos caballeros.

Un curioso hizo la observacion de que aquel dia muchas señoras llevaban sus pañuelos de mano desgarrados.

RAMON DE NAVARRETE.

AMENA LITERATURA.

EL AMOR DE UNA MUGER.

CUENTO.

I.

En una de las calles menos concurridas de Madrid existia á fines del siglo XVI una casa bastante vieja, á la cual se entraba por un callejon no muy limpio y sobradamente resbaladizo, que conducia á la estrecha é incómoda escalera de aquel edificio. Por mas que presumamos que habrá acaso algun lector ó lectora desoso de que le describamos la distribucion de las diversas habitaciones de que constaba en la época en que nos ocupamos de él, dejaremos á la imaginacion de los curiosos adivinar estos pormenores que nos distraerian de nuestra relacion, para fijarnos únicamente en el piso entresuelo. Constaba este de algunas piezas diminutas y oscuras, de una alcoba ocupada por una antigua tarima sobre la cual se estendia un enorme jergon y encima de este un colchon tan delgado que mas bien parecia un lienzo dispuesto en dobleces, completando aquella cama un cobertor con mas agujeros que una criba, y finalmente de una pieza cuadrilonga con dos mezquinas ventanas, que á través de varios vidrios oscuros, rotos y añadidos con pedazos de papel, trasmitian algunos rayos de luz, merced á los cuales se distinguian los muebles que contenia aquel aposento, reducidos á una mesita de pino, sobre la cual relucia un pedazo de espejo junto á un puñado de pajuelas y dos cabos de vela colocados en la boca de igual número de frascos á guisa de candeleros, hallándose cerca de ellos un cuchillo, un peine y varios otros objetos descabalados y de ningun valor; una maleta y un baul muy grande vacío y sin tapa, ocupaban un rincon, y algunas sillas lisiadas é inútiles para descansar en ellas, servian sin embargo, para sostener objetos de distintas clases, entre ellos considerable porcion de libros y papeles, una gorra vieja, una golilla de color dudoso, un jubon de seda y unos gregüescos desgarrados, cansados ya de trabajar y disfrutando del reposo de que les hacian merecedores sus largos años de servicio. Frente á una de las ventanas se hallaba situada una gran mesa de nogal, que apenas podia soportar el gran número de volúmenes entreabiertos y el rimero de pa-

peles manuscritos, borradores, cartas geográficas y hojas sueltas y emborronadas que en pacífica compañía se hallaban allí esparcidas confusa y desordenadamente.

Es de suponer que todo esto importe al lector tan poco como á nosotros, pero bueno es quedar al corriente de tan interesantes detalles, para que el ánsi de adivinarlos no haga que alguno deje de fijar la atencion en los que vamos á contar. Arrimado á la mesa de que hemos hablado, habia un sillón, en el cual se encontraba en la ocasion en que hacemos nuestro inventario, que es una hermosa tarde de verano, la única persona que á la sazón se hallaba en el aposento. Era esta un joven de buen parecer, de agraciado rostro, cabello castaño, frente lisa y desembarazada, espresivos ojos, nariz corva aunque bien proporcionada, grandes bigotes y pequeña boca; vestia un traje ya maltratado y raído, que manifestaba pobreza á tiro de ballesta; pero acepillado y limpio. Ocupábase en escribir, cosa que sin duda mucho importaba, puesto que tenia fija en ello toda su atencion, y no se distraia un momento de su tarea, como no fuera para meditar de vez en cuando y volver á escribir con mas ahinco.

Largo rato hacia que continuaba trabajando, cuando dos fuertes golpes dados á la puerta, interrumpieron el silencio que reinaba en la habitacion. Colocó entonces la pluma en el tintero y se levantó para abrir á la persona que habia llamado, que resultó ser una muger vestida de negro y cuidadosamente tapada con un manto del mismo color. Sorprendido se quedó al pronto el que habia salido á abrir, que estaba sin duda poco acostumbrado á recibir visitas de damas; puesto algun tanto de su turbacion, preguntó á la recién venida que tenia que mandar, pero ella sin responder á la pregunta le dijo:

—¿Es nueve el número de esta casa?

—Justamente.

—Pues vos sois á quien busco.

—Aqui me teneis pues.

—Tomad y leed, dijo la desconocida presentándole un billete esmeradamente doblado y sin aguardar mas se dirigió á la puerta.

—Pero ¿no me direis quién sois, ó de parte de quién traéis este papel? preguntó el jóven á la tapada.

—Haced lo que en él os dicen, le respondió desde lejos y desapareció.

Quedóse el hombre pasmado y pensativo, dando vueltas al billete que tenia en sus manos y que al fin se decidió abrir, encontrándose con las siguientes líneas escritas en letra desconocida y poco correcta:

«Caballero, la fama os hace resuelto y decidido en cuantas aventuras os acontecen, si sois á la vez galante y prudente, acudid esta noche á las ocho y media á la Puerta de la Vega, sin que nadie os acompañe.»

Diferentes veces pasó aquel hombre la vista por los anteriores renglones, sin poder por esto venir en conocimiento de la persona que le citaba (porque no habia tenido por conveniente firmar el billete), ni atinar tampoco el objeto de una cita semejante. Las pocas palabras que contenia el papel, parecian indicar que se trataba de una cita de amor; pero el hombre á quien iba dirigido, ni tenia relaciones amorosas, ni motivos para esperar que nadie se interesase por él hasta tal punto.

—¿Qué haré? se preguntaba á sí mismo. Acudiré al sitio que me señalan: si es alguna celada sabré defenderme, sino es mas que una cita averiguaré el objeto de ella.

Entregado á estas dudas, dejóse maquinalmente caer en el sillón, y tomando luego la pluma colocose en actitud de continuar trabajando. Un observador atento á las acciones de aquel hombre, no hubiera dejado de notar la diferencia que habia en los adelantos que hacia en su tarea antes de la visita de la tapada, y lo que progresaba despues; entre la celeridad con que cubria antes el papel de renglones, y la distraccion con que escribia ahora algunas palabras, borrándolas en seguida y permaneciendo pensativo largos ratos. Siete campanadas que sonaron en un reló inmediato, le sacaron de sus meditaciones.

—¡Las siete! exclamó. Dejemos la tarea: sin duda hace muchas horas que estoy trabajando, y hasta me he llegado á olvidar de que no he probado alimento desde esta mañana. ¡Ah! y ¿cuál es la recompensa que me espera? alabanzas tan solo de los mismos que me dejan morir de miseria: necesario es tener grande afición á mis trabajos y mucha fé en el porvenir, para gastar así mi vida en una ocupacion que no contribuye á aliviar mis infortunios y que no me liberta del hambre y de la pobreza.

—Así es, dijo un hombre entrando en la habitacion despues de haber oido desde la puerta, que inadvertidamente se habia quedado abierta, las últimas palabras. ¿Qué diablos haces metido en casa toda la tarde, sin aprovechar un tiempo tan hermoso?

—Trabajar.

—¡Trabajar! y ¿piensas que conviene á tu salud no levantar cabeza en todo el dia? Es preciso que te distraigas algo.

—Si ciertamente, querido Lainez, conozco que debo salir un poco.

—Yo vengo espresamente á sacarte de casa y á acompañarte.

—¿Cómo! ¿quieres acompañarme?

—¿Te estorbo?

—No digo tal cosa.... repuso el otro en un tono que daba á sus palabras un sentido enteramente opuesto al que significaban.



—Vamos, amigo mió, replicó Lainez conociéndolo, veo que tienes algun secreto que no me quieres confiar: yo no lo exijo si de nada te puedo servir.

—No, no, no te ocultaré nada: á ti bien puedo revelártelo, voy á decirte lo que me pasa.

Y le contó la visita de la muger tapada con todos sus pormenores.

—¡Diablo! ¿sabes que eres afortunado? dijo Lainez despues de oír la relacion.

—¡Afortunado! nunca lo he sido, ni espero que esta aventura me produzca ninguna satisfaccion. Te digo de todas veras que solo la curiosidad y la idea de que acaso sea llamado para hacer algun bien, me decide á corresponder á la cita.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿Pero acudes á ella?

—Ya te he dicho que si.

—¿Y no llevas contigo ninguna esperanza?

—Ninguna como no sea el de prestar acaso un servicio al que le exigiese de mí.

—Pocos en tu situacion dejarian de pensar en el amor.

—¡El amor! ¿qué quieres que pueda yo esperar del amor, aun suponiendo que mi calva frente y mi semblante marcado con el sello de mis infortunios haya podido despertar alguna simpatia? Una sola vez he experimentado ese sentimiento, y me estremezco al pensar

la estension que puede tomar en mí. Conozco bien que en corazones como el mío, una pasión es un torcedor que los hace pedazos fibra á fibra, un enemigo oculto imposible de vencer que mata impunemente. Pero partamos que ya es hora.

—Supongo que ya no tendrás inconveniente en que vaya contigo.

—El billete dice «sin que nadie os acompañe.» Esto no obstante tendré mucho gusto en que vayamos juntos hasta el punto señalado y allí nos separaremos.

—Vamos pues.

—Cuando gustes, contestó el amo de la casa, y salieron ambos después de cubrirse este, ceñir un descomunal espadon que en un rincón había y cerrar cuidadosamente la puerta, haciendo varias pruebas para asegurarse de que no podrían abrirla, hasta el punto de que cualquiera que no estuviera enterado de los efectos poco codiciables que contenía el aposento y del aspecto de pobreza que respiraba todo él, hubiera creído que se guardaban allí cuantiosos tesoros, capaces de despertar la envidia de los aficionados á apoderarse de la hacienda ajena.

II.

La noche había ya estendido sus sombras por toda la población, y un velo negro en que no brillaba una sola estrella, confundía los remates de los edificios y la agrupación de las casas: algunos relojes marcaban las ocho y cuarto, al paso que otros habían ya dado esta hora rato hacía.

La antigua Puerta de la Vega iba quedando solitaria, y solo alguna que otra persona que de vez en cuando venía á interrumpir el silencio de aquel sitio, fijaba con curiosidad la atención en un bulto negro que, inmóvil como una estatua, se acertaba apenas á distinguir destacado del fondo de color claro de la muralla.

Dos hombres que habían caminado juntos hasta la iglesia de Santa María se separaron allí, y uno de ellos se adelantó recorriendo minuciosamente con la vista aquellos parages, como si buscara alguna persona.

La luna saliendo en aquel instante de entre un grupo de nubes, esparció su blanca luz, permitiendo distinguir la imponente masa del Alcázar, los contornos de los vecinos edificios, las frondosas alamedas que



(Antigua puerta de la Vega en Madrid.)

cruzaban la gran vega, y á lo lejos las aguas del Manzanares deslizándose tranquilamente y reproduciendo, en medio de los destellos plateados que la corriente despedía al retratar los rayos de la luna, las formas de algunas casillas y las empinadas puntas de algunos árboles.

Movióse el bulto negro al sentir pisadas cerca de sí, y se aproximó al desconocido, el cual reconoció bien pronto á una muger vestida de negro. Luego que estuvieron cerca, cambiaron entre ambos las siguientes palabras:

—¿Sois vos?

—Aquí estoy ya.

—Sois puntual y caballero. Seguidme.

—¿A dónde?

—Ya lo vereis.

Y la muger echó á andar con paso ligero, seguida del hombre que acababa de reunirse á ella y que ya supondrá el lector era el personaje con quien hicimos conocimiento en el capítulo anterior.

Muchas fueron las calles que atravesaron seguidos á larga distancia del buen Lainez, que abrigando al-

guna desconfianza acerca del objeto de aquella cita, se había propuesto velar por su amigo y defenderle en caso de que de ello necesitara.

Por fin la encubierta se detuvo en un callejón muy oscuro, delante de una pequeña puerta que se abrió por sí sola al parecer, tan pronto como llegaron.

—Entrad, dijo á su compañero.

—Pero ¿qué casa es esta? ¿qué quereis de mí? replicó este.

—Es en vano que me preguntéis, subid y callad, le contestó señalándole una preciosa escalera de caracol ricamente adornada.

—Sea como queráis.

Y ambos continuaron su marcha atravesando varios salones suntuosos, hasta dar en un lindísimo gabinete octógono, alhajado caprichosamente, pero con gusto y coquetería.

—Quedaos aquí un instante, le dijo la dama tapada y salió.

(Continuará.)

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.



LITERATURA ESTRANJERA.

MIRAGAYA.

TRADICION PORTUGUESA. (1)

I.

Noche oscura tan hermosa;
 Noche sin luna y sin par,
 Tus lindas estrellas de oro
 Oh! quien pudiera contar!
 Como tiene hojas el bosque,
 Como arenas tiene el mar....
 En tantas letras se escribe
 Lo que Dios mandó guardar.
 Mas guay! de aquel que presume
 Letras tales descifrar!
 Que á leer de Dios el libro
 Ni un ángel puede atinar.
 Muy ledo fué D. Ramiro
 Con la su dama á folgar;
 Un perro brujo judío
 Causa fué de irla á robar.
 Dijole que por los astros

Logrado hubo averiguar
 Que Zahara, flor de hermosas
 Le debía de tocar.

Y el Rey vino de celada
 De allende el Duero á pasar
 Y robó la linda mora,
 Hermana de Alboazar.

A *Milhor*, que es tierra suya
 En la ribera del mar,
 Se refugió con su dama,
 De otra cosa sin cuidar.

Llora la olvidada Reina,
 No se puede consolar:
 Déjala por una mora,
 Déjala con tal dejar.

Y en noche oscura y cerrada,
 Negra noche de matar,
 Sola y triste en su balcón
 Así se empieza á quejar:

—«Rey Ramiro, Rey Ramiro,
 Rey de mi eterno pesar,
 En qué te erré de alma ó cuerpo,
 Qué fiz para tal penar?»

«Dicen hermosa á esa mora,
 Que así te supo hechizar ...»

(1) Este romance es una verdadera reconstrucción de un monumento antiguo. Algunas coplas han sido testualmente tomadas de la tradición popular, y se cantan en medio de la historia rezaada que las viejas y barberos de lugar se han encargado de transmitir de siglo en siglo, y que aun hoy día repiten con voz enfática y misteriosa á sus curiosos contertulios. El traductor, ó mas exactamente el recopilador, ha seguido puntualmente la narrativa oral del pueblo, y se ha propuesto sobre todo ser fiel al estilo, modos y tonos de cantar y de contar de aquel.

Mas tambien decias antes
Que yo era bella sin par.

«Que es moza, en edad florida...
Pero yo, si aun sé contar,
Há tres que cumpli veinte años
Los hice al irme á casar.

«Dicen que tiene ojos negros,
De esos que saben mandar....
Los míos, ay! son azules,
No saben sino llorar.

Zahara, que es flor, la llaman,
A mi, Gaya.... Que acertar!
Por tí perdi mi alegría,
Quién su flor le ha de tornar?

«Oh! quien me diera ser hombre,
Vestir armas, cabalgar,
De aqui me fuera derecha
A ese moro Alboazar....»

Dichas que hubo estas palabras
Fué los ojos á bajar
Y en torno de su palacio
Vió muchos bultos vagar.

—«Peronela, Peronela,
Criada de mi mandar,
Qué bultos serán aquellos
Que por allí veo andar?»

—Peronela no responde:
Qué habia de replicar?
Ricos presentes y joyas
La obligaban á callar.
Alzase la Reina al punto
Y á su gente vá á llamar,
Siete moros caballeros
La vienen luego á cercar.
Sueltan pliegues de un turbante
Vánle la boca á tapar;
Tres la toman en sus brazos....
Ni un ay! mas pudo lanzar.

Los criados de su casa
No acuden á su gritar,
O ganados, ó cautivos,
No la pueden rescatar.

Siete son los que allí entraron,

Siete mas vense aguardar;
No chistan ni unos ni otros,
Y apréstanse á cabalgar:
Uno en el arzon la toma
Y asi comienza á mandar
«Juntos, juntos, todos, todos,
Pronto á todo galopar.»

Corriendo pasan la noche,
Corriendo sin descansar,
Por los montes, trote largo,
Por el llano, sin parar.

En los rios—pecho al agua
Chape, chape, á vadear!
En los setos y vallados
Up! salto—y á escapar.

Ya vá alboreciendo el dia;
Están próximos al mar.
Qué rio es este tan hondo
Que en él viene á desaguar?

La boca tiene ya libre,
Mas sin atreverse á hablar,
Muda de asombro la Reina
Juzga que aquello es soñar.

Rio Duero, rio Duero,
Rio de mal navegar
Dime tú, dónde estas aguas
Dónde las fuiste á buscar?

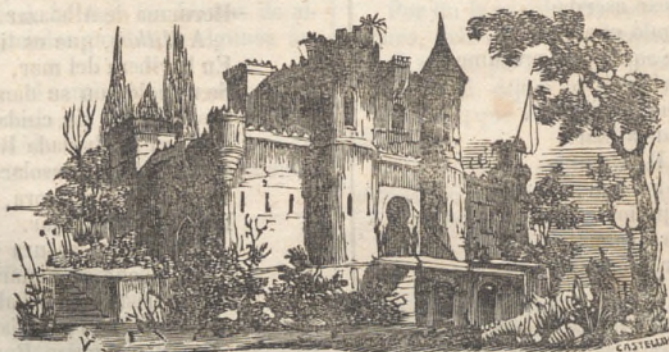
—«Decirte hé la perla fina,
A dó las fui á buscar.
Los arroyos van al rio,
El rio corre á la mar.

«A quien me robó mi joya,
Su joya fuile á robar.»
De esta suerte el moro canta,
Mírale ella sin cesar.

Cuanto mas le mires, Gaya,
Mas hermoso le has de hallar.
—«Qué de barcos allí vienen!»
—«Nos vienen, Gaya, á buscar»
—«Qué lindo castillo aquel!»
—«Es del moro Alboazar.»

(Continuará.)

ISIDORO GIL.



REVISTA MENSUAL.

(Desde el 20 de Marzo al 20 de Abril.)

Crónica: Cambio de política. **Teatros:** D. Fernando el de Antequera, La esclava de su galán, El peregrino, Fernan Gonzalez, segunda parte, El gaban del Rey, La Flor de la canela, Juana Grey, El Nudo Gordiano. Compañías de la Cruz, del Instituto, del Museo y de Buena-Vista. **Movimiento literario:** Rápida ojeada. **Crónica extranjera:** Francia, Inglaterra, Portugal, Prusia, Estados Pontificios, Montevideo, Buenos-Aires: noticias varias.

El cambio de gabinete que tuvo lugar el 28 del mes pasado, en que fué nombrado ministro de Estado y presidente el señor Pacheco, ha ocasionado algunas variaciones notables en la marcha de los negocios políticos. Las medidas conciliadoras y templadas con que el nuevo ministerio inauguró sus primeros actos, han merecido la aprobacion de los mas y han dado margen á algunas demostraciones públicas de aprobacion. Como sucede siempre que el poder pasa á manos de personas que pertenecen á distinta fraccion politica que sus antecesores, en la actualidad unos estan llenos de inquietud, otros temen, otros esperan y todos anhelan que los acontecimientos vayan explicando el rumbo cierto que toman los gobernantes.

El domingo de Pascua dió principio, como es costumbre, el nuevo año cómico, ofreciendo funciones al público de la corte, siete teatros entre grandes y chicos. Acontece á menudo que cuando hablamos de una produccion nueva ya la han analizado todos los demas periódicos, y como muchas veces nuestra opinion es conforme á la suya, no podemos decir nada de nuevo. Esto nos sucede con *D. Fernando el de Antequera*, drama del señor Vega, estrenado en el Principe, y que ha conseguido justos aplausos y merecidos elogios. Tambien los ha logrado la ejecucion de la comedia del *Fenix de los ingenios*, titulada *La esclava de su galán*, refundida por el señor Hartzbusch con el acierto que tiene de costumbre, y puesta en escena en el mismo teatro con singular esmero. En el de Variedades se han representado dos dramas nuevos, uno titulado *El peregrino*, primera produccion de D. Cipriano Lopez Salgado, que ha tenido un éxito lisongero, y la *Segunda parte de Fernan Gonzalez*, debida á los autores de la primera y recibida del público con igual aceptacion que esta.

Una compañía de verso compuesta de actores bastante acreditados, ha comenzado á trabajar en el teatro del Instituto con un drama de los señores Asquerino (D. Eduardo) y Larrañaga, que tiene por título *El gaban del Rey* y que ha logrado grandes aplausos, á pesar de que la ejecucion ha sido mediana. Tambien se ha representado en este coliseo una lindisima pieza andaluza titulada *La flor de la canela*, que tanto por la singular gracia y donaire con que esta escrita, como por la propiedad con que fué desempeñada, ha conseguido entusiasmar á los espectadores. Notablemente mejorado el local del Museo y contando con una compañía bastante buena, ha vuelto á abrirse al público, aunque sin ofrecerle otra produccion nueva que una esmerada traduccion en verso de la tragedia titulada *Juana Grey* y *El nudo gordiano*, traduccion tambien recibida con frialdad, pero ejecutada con bastante acierto.

Ninguna novedad ha ofrecido el Circo al abrirse en esta nueva temporada: funciones muy vistas del público se han repetido, y es probable que continúen repitiéndose, hasta que lleguen las nuevas partes que están contratadas para completar las compañías de ópera y baile. *I Lombardi*, en la cual hizo la primera salida el señor Millessi, artista que posee unida á una voz sino muy vigorosa, dulce y de buena pasta, un conocimiento profundo del arte, y *Farfarella* son las funciones que ha reproducido este coliseo. El de la Cruz ha vuelto á dedicarse exclusivamente á representaciones líricas, poniéndose en escena las óperas *Hernani*, *I Lombardi* y *Maria di Rohan*, que no han sido mal ejecutadas. Forman parte de la compañía de este teatro varios artistas españoles, entre ellos la señora Villó y los señores Carrion y Becerra. Nosotros creemos que la empresa de la Cruz debia de escoger óperas de mas fácil desempeño que las de Verdi, cuya *teppitura* no está al alcance de todos los cantantes.

Tambien se abrió el domingo de Pascua el teatro de Buena-Vista, en el cual trabaja una compañía regular, dirigida por el señor Carceller, actor que ha sido del teatro de la Cruz en el pasado año cómico. Ninguna produccion nueva ha puesto en escena; pero las funciones representadas, aunque compuestas de piezas muy vistas, han agradado al público, y no dudamos que prosperará esta empresa si tiene constancia.

Es extraordinario el movimiento literario que actualmente se advierte: anuncianse infinitas obras de todas materias, aumentase considerablemente el número de los periódicos literarios y artísticos, y hállanse próximas á ser puestas en escena gran porcion de producciones dramáticas: muchísimo es lo que se escribe, mucho lo que se imprime: fuerza es que gran parte de ello sea malo; pero no puede negarse que del esfuerzo que todas las inteligencias parecen hacer de comun acuerdo para seguir la marcha progresiva que llevan todos los conocimientos en la época actual, han de resultar grandes bienes al país. Si para ello tuviéramos espacio, citaríamos al menos los títulos de las publicaciones mas notables que recientemente han aparecido ó que se hallan próximas á aparecer; pero habremos de contentarnos con dirigir á nuestros lectores al *Boletín bibliográfico* de la cubierta de este número y del anterior, en el cual hallarán los anuncios de las principales.

Breves hemos de ser en la reseña de los sucesos del extranjero.

Las discusiones rentísticas han tenido ocupadas á las cámaras y á la prensa francesa: esta ha anunciado que la próxima cosecha se presenta muy bien en aquel

pais. El pueblo eminentemente novelero de París, aguardaba con gran curiosidad la compañía de artistas españoles que bajo la dirección del Señor Lombia debe dar algunas representaciones en nuestro idioma en el teatro italiano: para la primera estaban dispuestas *García del Castañar*, *Mi secretario y yo* y *la Feria de Ronda*, debiendo ejecutarse varios bailes nacionales: para bien de la errante compañía, quisiéramos equivocarnos en las presunciones que tenemos, de que no ha de lograr gran fortuna.

Los periódicos ingleses han anunciado la proximidad de un suceso que debe aumentar la felicidad personal de la Reina de aquella nación y del Príncipe su marido: tal es el de que, para valernos de una frase sacramental, *S. M. se halla en estado interesante*, del cual debe salir, según dicen, en el próximo agosto.

Los revolucionarios de Portugal han conseguido muchas ventajas y la causa de la Reina parece hallarse un tanto comprometida. Doña María de la Gloria anhela el auxilio de las fuerzas inglesas, pero la escuadra que se halla en el Tajo ha andado incierta en sus movimientos. El gobierno portugués ha solicitado también intervención del nuestro, y no solo le ha sido concedida, sino que se han llegado a tomar todas las medidas necesarias para llevarla a cabo, si bien esto no se ha realizado hasta ahora, ni acaso se realice.

La *Gaceta universal de Prusia* del 9 de abril, contiene en su parte oficial disposiciones del Rey relativas á las sectas religiosas que se forman además de los cultos reconocidos por las leyes del país. Este edicto de tolerancia, es el de que han hablado en diferentes ocasiones los periódicos alemanes y que se creía ya suspendido por ahora.

Se ha publicado la medida que se esperaba del gobierno de los Estados Pontificales, relativamente á la prensa: el decreto que el cardenal Gizzi ha dado en la materia, conserva en su vigor el de 18 de agosto de 1825 en lo tocante á la censura científica, moral y religiosa. Respecto á los escritos políticos la modificación del cardenal Gizzi establece un consejo de censura tanto en Roma como en las capitales de provincia. Los editores y redactores de periódicos y escritos políticos pueden dirigirse á estos consejos como tribunales de apelación, si creen que la censura obra con injusticia. Los periódicos están facultados para hablar de política y de los acontecimientos del día. Todo periódico debe obtener la autorización del gobierno, pres-

tar fianzas, é indicar los nombres de sus redactores.

Los diarios de Rio Janeiro contienen noticias de Montevideo. El general Rivera ha conseguido una importante victoria sobre las tropas de Rosas, apoderándose de Paisandu después de cinco horas de combate.

Las noticias de Buenos-Aires alcanzan al 2 de Enero. Rosas ha presentado á la cámara de representantes su mensaje que se compone de 46 páginas. Dos terceras partes de este documento tratan de negocios exteriores, y como es costumbre en tal clase de pape-

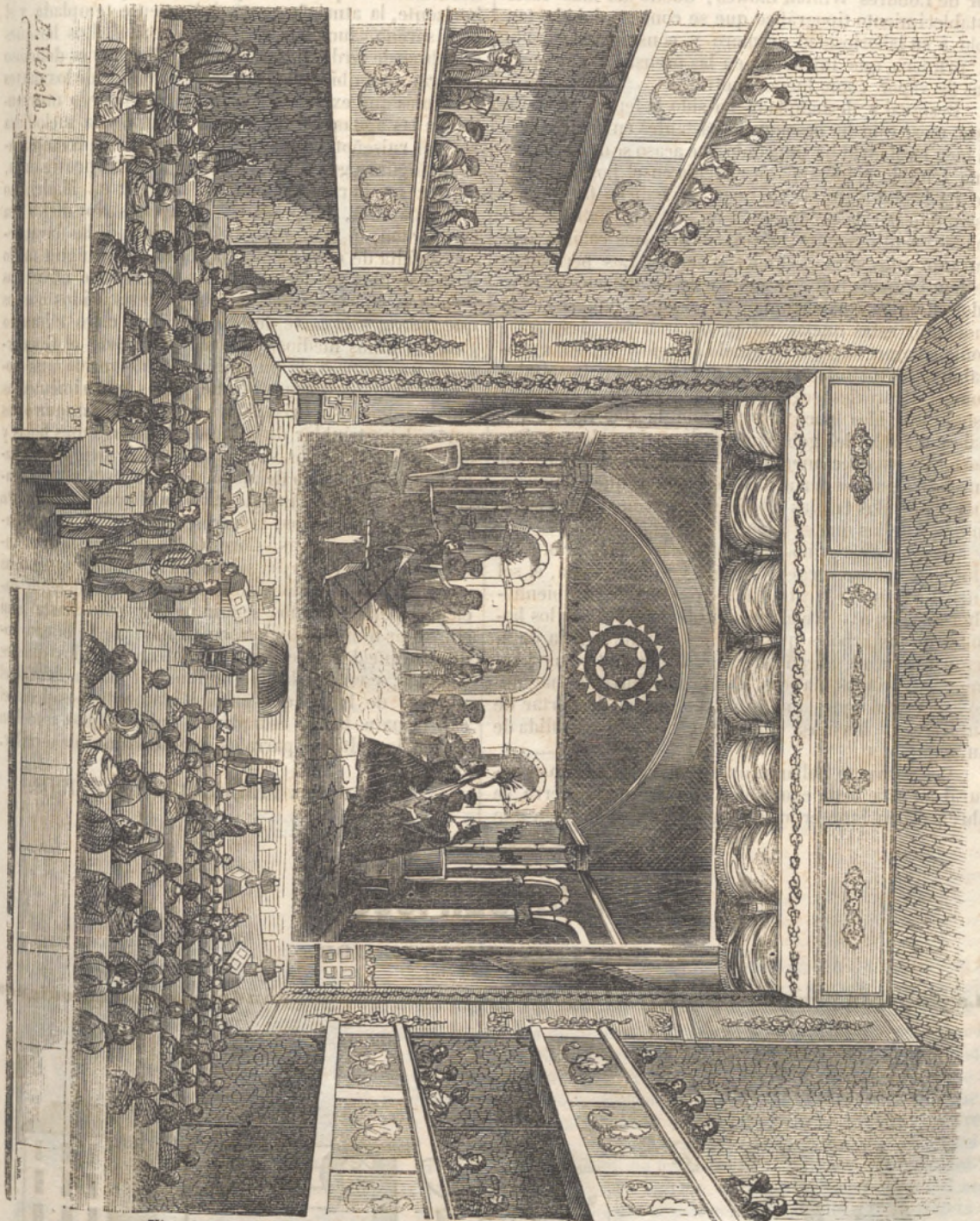
les, Rosas se muestra satisfecho de todo el mundo.

No han faltado sucesos desgraciados en el tiempo que abraza nuestra historia mensual: figuran entre ellos en primera línea gran número de naufragios, cuyos terribles detalles omitiremos por no contristar á nuestros lectores. Los caminos de hierro han estado también en desgracia esta última temporada: en uno de los puentes de Liverpool á Bury, se han hundido veinte y un arcos uno en pos de otro con espantoso estrépito, semejante á las detonaciones de una descarga de artillería: en el de Burdeos á la Teste, habiéndose roto el eje de las ruedas delanteras de la máquina locomotriz de un convoy



D. Juan Lombia.

que caminaba á la sazón por una curva demasiado marcada, en lugar de introducirse en la arena y detenerse, como otras veces ha sucedido en casos semejantes cuando se sigue una línea recta, fué lanzado del carril y volcado en un foso que contaba diez varas de profundidad; y por último en el de París á Rouen otra máquina que aun no se habia estrenado, se ha precipitado sobre los últimos vagones de un convoy parado, haciéndolos pedazos y ocasionando numerosas desgracias. Han llegado noticias de Islandia relativas á los fuertes temblores de tierra que se han experimentado en Reikiavik y sus cercanías, así como en el distrito de Hhinggolden: varias de estas sacudidas han sido tan violentas, que han derribado las casas y volcado los objetos de mas peso, tales como carros cargados. Finalmente, en el teatro real de Copenhague (Dinamarca) se ha desprendido la lucerna cuyo peso es considerable, hiriendo y maltratando á muchas personas, destrozando las filas de lunetas sobre las cuales cayó, y causando bastante desorden y no pocos sustos y desmayos en las señoras. Parece que este accidente desgraciado provino de que faltando dos hombres de los cuatro que hay destinados para subir y bajar la indicada lucerna, los dos restantes por no hacer esperar al público, se resolvieron á bajarla



Vista interior del Teatro de Variedades.—Escena de la segunda parte de Fernan Gomez.

contados en sus latras que los lataron bien pronto.
 Espantadamente no leamos esta vez que lozant
 tola de nuna no debe a nuesta lancia y grito.
 gico, sino es que citamos la muerte del noble imperio
 sor de l'outra *William Clowes*, dueño de las rales
 en la

la golondrina corta los aires y prepara sus nidos.
 que el sol de la vida luce igual los insectos que
 la tierra, cantar a la alondra en las ondas y jactancia
 las en las ondas. El sol desahucado de las rales
 nidos del equinoccio aparez claro y brillante en

1844

confiados en sus fuerzas que les faltaron bien pronto.

Afortunadamente no tenemos esta vez que tomar nota de ningún nombre en nuestro registro necrológico, sino es que citemos la muerte del célebre impresor de Londres William Clowes, dueño del más vasto establecimiento tipográfico que se conoce, debido tan solo á su laboriosidad, esmero y constancia, siendo el primero que introdujo en las prensas las máquinas de vapor como fuerza motriz.

Desigual y destemplada ha sido la temperatura de este mes; esto ha ocasionado bastantes enfermedades, si bien en Madrid ha impedido que acaso se desarrollara una temible epidemia, que nacida en el hospital donde ha hecho algunas víctimas se habría fácilmente extendido por la población, á no ser por haberse calmado repentinamente los extraordinarios calores que durante unos días se hicieron sentir. Los periódicos se han ocupado con este motivo de los defectos de que adolece aquel establecimiento, tal como hoy se halla montado: estas quejas no producirán por desgracia, como siempre sucede, resultado alguno y todas las probabilidades inclinan á creer, que tanto los hospitales como las cárceles seguirán dando con su lamentable estado una idea poco favorable de la ilustración del país y del celo del gobierno por la mejora de tan importantes establecimientos, si es que no se desarrolla en ellos alguna enfermedad contagiosa que obligue á tomar medidas tardías y ya inútiles, como suelen serlo muchas de las que se adoptan entre nosotros.

Después de algunos días de fuerte calor, gran frío, abundante nieve, grueso granizo y mucha agua, el sol vuelve á templar la atmósfera con sus rayos bienhechores y desenvuelve el germen de las plantas y los botones de los árboles que cediendo á la influencia de la temperatura se abren ofreciendo á la vista sus hermosos y variados matices. Todo contribuye al magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece al despertar de su letargo, hermosa y brillante como la crisalida de su capullo.

Los paseos se hallan muy concurridos, como es natural en esta bella época del año en que la tierra se abre para enriquecernos con sus producciones, en que

la golondrina corta los aires y prepara sus nidos, en que el soplo de la vida hace pulular los insectos entre la yerba, cantar á la alondra en las nubes y juguetear al pez en las ondas. El sol desembarazado de los vapores nebulosos del equinoccio aparece claro y brillante en el horizonte, la atmósfera está dulcemente templada y el cielo sereno, luciendo su bello color azul. Los bosques se cubren de verdor, las praderas de flores; y es delicioso respirar un ambiente puro y fresco cargado de los suaves perfumes que exhalan las plantas, oír el sordo murmullo de las aguas de un arroyo vecino, y la melodiosa voz del ruiseñor cuya preciosa armonía ha reemplazado al lúgubre graznido del buho. Pero no prosigamos, porque no haríamos más que mentir; en Madrid no hay montañas, ni praderas, ni apenas río: dicho sea con perdón, el Manzanares que si sirve á las lavanderas á falta de otro mejor, no basta de ningún modo para dar idea de las deliciosas riberas de otros ríos *formales*, que pasan por terrenos menos áridos que los que rodean á la corte de las Españas, cuyo clima no tiene términos medios: ó nos envía desde el Guadarrama una remesa de pulmonías, ó nos regala una colección de tabardillos, sin que jamás esperitemos muchos días de la brisa suave y perfumada que en otras partes hace temblar dulcemente las nacientes hojas y los botones de las rosas, que se abrirán bien pronto para formar la corona de mayo. Ya que esto no sea, haremos con nuestra imaginación un hermoso ramillete de violetas y jacintos, una fresca guirnalda de margaritas y de primaveras: flores todas nacidas bajo la influencia de los rayos del sol de abril, y ofrecemos ambas cosas á aquellos lectores dotados de la suficiente paciencia para podernos seguir paso á paso hasta aquí sin saltar ningún renglón, en prueba de la buena voluntad que les tenemos y de lo reconocidos que les estamos, y en celebridad también de haber llenado el número de líneas que precipitadamente nos pedía el cajista para llenar esta plana: único objeto que han tenido los últimos párrafos que acabamos de escribir.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

GEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La empresa procura agradar á los suscritores no economizando en esto gasto alguno

N. 4.º



*W
F R O*

